


# CONTRATO CON UN DIABLO

CLARK CARRADOS

Stella adelantó el busto.

—Demuéstreme que es el diablo —pidió.

Leo sonrió suavemente.

—Usted expresó hoy a una persona sus deseos de que fuese atropellada por un camión, ¿no es cierto? —dijo.

—Sí, en efecto —admitió ella.

—Encienda el televisor, se lo ruego.

Aturdida, sin tener la seguridad de que todo lo que le estaba ocurriendo no fuese un sueño, Stella volvió los ojos hacia la pantalla de la televisión, en donde un locutor recitaba una noticia:

—Esta misma tarde el conocido abogado y prestigio del foro local, Garthson Foran, ha sufrido un mortal accidente al cruzar Baynard Street, al ser atropellado por un camión de carga… Un aficionado, que tomaba unas vistas de su esposa y sus niños con su cámara de cine, captó involuntariamente la escena, que ofrecemos en toda su crudeza…

—¿Hay que firmar contrato? —preguntó, al cabo.

—Es preceptivo, Stella.



Clark Carrados

# Contrato con un diablo

## Bolsilibros: Selección Terror - 54

**ePub r1.0**
**Titivillus** 23.02.15

Título original: *Contrato con un diablo*
Clark Carrados, 1974
Diseño de cubierta: Desilo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

# CAPÍTULO PRIMERO

—Antes que acceder a lo que me pides, vendería mi alma al diablo —exclamó la mujer impulsivamente.

El hombre se echó a reír.

—Y, por supuesto, le pedirías oro, mucho oro, que es lo que se suele pedir cuando uno vende su alma al demonio.

Stella Morbidson agarró su bolso y se puso en pie.

—No sé lo que le pediría al diablo, pero una cosa es segura: le pediría que no te volviera a ver más en la vida —dijo.

—Caramba, sí que te lo has tomado en serio. Pero te diré una cosa, Stella: tienes ya veintiocho años y aunque eres muy guapa, no debes olvidar que los años pasan velozmente y que, salvo tu casa de Teane River, la cual, por cierto, está hipotecada hasta el remate de la chimenea, no tienes otra cosa en este mundo. Salvo yo, naturalmente.

—A ti no te tengo yo ni para escupirte. ¡Ojalá te pille, un camión en cuanto salgas de aquí, Garthson Foran!

El hombre soltó una risita despreciativa, mientras ella, con vivo taconeo, se dirigía hacia la salida del local en que había tenido lugar la entrevista.

Stella miró con pena y con rabia su viejo coche, del que debía la última factura de reparación, nada baja, por cierto. Teniendo en cuenta que en su bolso había solamente dos o tres dólares y que su crédito estaba agotado en todas partes, sus perspectivas, ciertamente, no eran como para lanzar alaridos de alegría.

Subió al coche y lo puso en marcha. Media hora más tarde, al anochecer, detenía el coche frente a su casa.

El jardín que la rodeaba estaba descuidado y había perdido gran parte de su antiguo esplendor. Stella no comprendía cómo había podido llegar a una situación semejante. Claro que siempre había sido una manirrota, sin preocuparse jamás de cuentas, facturas ni minutas y así, estaba segura, su abogado había trasladado lindamente la apetitosa fortuna de los Morbidson a su propia cuenta corriente, dejándola a ella poco menos que en la miseria.

Stella se dijo que, si fuese vengativa, se tomaría cumplido desquite del abogado felón y malversador. Pero, a veces, era un poco abúlica y comprendía que pegarle cuatro tiros a aquel despreciable sujeto no era solución para sus males.

«Además, me encerrarían en la cárcel para el resto de mis días», se dijo, mientras ya, dentro de casa, lanzaba al aire sus zapatos, uno tras otro.

Luego, descalza, caminó hasta el bar y miró las botellas. En una pudo encontrar algo de licor, lo justo para un trago, que haría un poco más largo, se dijo, añadiéndole un par de cubitos de hielo.

Después de tomar un sorbo, reflexionó. Tenía veintiocho años (Garthson no había mentido) y, aunque era una mujer que hacía volver la cabeza a los hombres en la calle, estaba en la miseria. A veces se preguntaba si Garthson Foran no se había quedado con su dinero sólo para conseguirla a ella.

Pero no lo podía remediar; había continuado con Foran como defensor de sus intereses, sólo

porque lo había sido también de su padre. Claro que, a su padre, Foran no le habría engañado tan miserablemente como la había engañado a ella… pero este pensamiento era un pobre consuelo para su aflictiva situación.

Así estaba cuando, de repente, oyó un leve sonido a sus espaldas y una voz masculina, de agradables tonos, que decía:

—¿Es cierto que quiere usted vender su alma, señorita Morbidson?

* * *

Stella se hallaba sentada en un sillón, de espaldas a uno de los amplios ventanales de la sala, y se volvió rápidamente al escuchar la voz. Enormemente asombrada, contempló al sonriente individuo que tenía frente a ella, cuya presencia en la casa no acertaba a explicar.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó, a la vez que se ponía en pie.

El individuo iba vestido elegantemente, aunque de un modo algo estrafalario: frac, sombrero de copa y capa negra con forro de seda carmesí. Era una vestimenta ya desusada, pero que, sin embargo, le sentaba magníficamente. El complemento de la indumentaria, bastón de ébano, con puño de marfil, y guantes de seda roja, parecía el adecuado.

—Soy el que compra lo que usted quiere vender, señorita Morbidson —contestó.

Stella lanzó una nerviosa risotada.

—No me diga que usted es el diablo, porque no se lo creeré —contestó—. ¿De qué baile de disfraces se ha escapado usted, amigo?

—¡Ah, de modo que no me cree! —El intruso puso cara de pena, pero era un gesto ficticio—. Tendré que demostrárselo con algo, por ejemplo, pidiéndole que me invite a un trago. El jerez me gusta mucho, se lo aseguro.

—Lo siento, pero en estos instantes no me queda una sola gota de alcohol en casa —respondió Stella secamente.

—¿De veras? Ande, vaya al bar y abra la botella de jerez que encontrará allí. Usted, por supuesto, puede tomar *whisky* si es que le gusta más; también encontrará otra botella de una de las más acreditadas marcas.

Stella miró fijamente al individuo, durante unos segundos. Luego, obedeciendo a un súbito impulso, se acercó al bar.

Una exclamación de asombro brotó de sus labios.

—¡Es cierto, hay jerez! ¡Y *whisky*!

El visitante estaba sentado con aire negligente en el brazo de un sillón, jugueteando distraídamente con su bastón.

—Hay ciertas cosas sobre las que un demonio no miente jamás —comentó, con acento jovial —. Jerez, por favor, Stella, y dispense la confianza.

Ella obedeció, con la cabeza convertida en un torbellino. Llenó la copa de su visitante, pero, para sí, empleó el *whisky*.

—Yo creía que los demonios no estaban sujetos a ciertas necesidades, como los simples mortales —dijo, al entregarle la copa.

—Es que ahora he adoptado la forma de un mortal —contestó él—. Por lo tanto, tengo que beber y alimentarme, cuando lo necesite. ¡A su salud, lo cual no es un brindis muy adecuado para un diablo!

—¿Por qué? —preguntó Stella.

—Mujer, desear salud a un mortal que va a vender su alma es tanto como desear que la fase final de la operación llegue al cabo de muchos años. Bueno, Stella, lo que he dicho es broma; con tal de que me venda el alma, usted puede vivir sesenta o setenta años más, sin que yo me impaciente demasiado. Estoy acostumbrado a esperar en casos así, ¿sabe?

Ella le miró con curiosidad.

—Me parece un bromista, pero voy a seguirle la corriente —manifestó—. Si yo le vendo el alma, ¿qué me dará usted, a cambio?

—¿Qué es lo que quiere usted?

—Dinero, mucho dinero —contestó Stella, ávidamente.

—¿Nada más?

—¿Qué hay en este mundo que no se consiga con dinero?

—Me pareció que tenía usted un enemigo. Foran se llama, o algo por el estilo.

—Es un forajido; me robó toda mi fortuna…

—Y usted desearía que le atropellase un camión.

Stella frunció el ceño.

—¿Cómo sabe tantas cosas de mí? —exclamó.

—No olvide que soy un demonio —dijo el visitante, riendo casi burlonamente.

—¿Satanás?

—¡Oh, por favor! ¡No ocupo un puesto tan alto en la escala infernal! Sólo soy un diablo de cuarta o quinta fila, pero puede llamarme Leo, si le parece bien. Es abreviatura de Leonard, ¿sabe?

—Sí —murmuró Stella maquinalmente—. Pero todavía no me ha demostrado que es cierto cuanto dice.

—Ah, ¿está decidida a venderme el alma?

Stella lo que quería era que se fuese Leo, quien le atraía y resultaba repulsivo a un tiempo. A veces, miraba sus ojos y veía en ellos unas pupilas que parecían de fuego blanco, como alimentadas por las llamas del mismísimo infierno.

—Y del dinero, ¿qué? —preguntó, con todo descaro.

—Lo tendrá, aunque usted también habrá de poner algo de su parte. Hoy día, los diablos no andamos por ahí repartiendo bolsas llenas de monedas de oro que no se agotan jamás.

—Entonces, ¿cómo me proporcionará usted ese dinero?

—Ahora le daré un poco, sólo para que empiece. Luego, más adelante, y según lo requieran las circunstancias, le iré dando consejos financieros.

—No me hable de…

—Sí, ya sé, usted piensa que yo voy a ser un segundo Foran; pero se equivoca de medio a medio, Stella. Voy a darle un poco de dinero para que empiece, cien mil dólares o algo así; comprenderá que mis consejos sobre finanzas han de ser siempre acertados para no perder yo mi propio dinero.

—Pero ¿no hemos quedado en que lo que quiere es mi alma?

—Claro que sí, mujer, aunque si le diera un consejo financiero equivocado, usted tendría derecho a rescindir el contrato. Entonces, habría perdido, no sólo su alma, sino la suma inicial que le doy para que empiece a ser una mujer de negocios, osada y perspicaz como nadie, lo que le conducirá a la fortuna.

Stella adelantó el busto.

—Demuéstreme que es el diablo —pidió.

Leo sonrió suavemente.

—Usted expresó hoy a una persona sus deseos de que fuese atropellada por un camión, ¿no es cierto? —dijo.

—Sí, en efecto —admitió ella.

—Encienda el televisor, se lo ruego.

Stella obedeció. En la pantalla aparecieron veinticuatro chicas bailando con un ritmo y una disciplina realmente admirables.

—No se ve nada de particular —dijo, decepcionada.

—Espere unos segundos —pidió Leo—. Pero, mientras tanto, mire en la caja de tabaco, se lo ruego.

Stella obedeció. Un grito de asombro escapó de sus labios.

—Di…nero… —tartamudeó.

—Hay diez fajos, con diez mil dólares cada uno —declaró Leo, impasible—. Pero mire al televisor, ya es hora.

Aturdida, sin tener la seguridad de que todo lo que le estaba ocurriendo no fuese un sueño, Stella volvió los ojos hacia la pantalla de la televisión, en donde un locutor recitaba una noticia:

—Esta misma tarde el conocido abogado y prestigio del foro local, Garthson Foran, ha sufrido un mortal accidente al cruzar Baynard Street, al ser atropellado por un camión de carga… Un aficionado, que tomaba unas vistas de su esposa y sus niños con su cámara de cine, captó involuntariamente la escena, que ofrecemos en toda su crudeza…

El rostro del locutor desapareció, siendo sustituido por la imagen de una mujer y cuatro chiquillos, que caminaban por la acera de una de las más concurridas calles de la ciudad. De repente, Stella, fascinada por cuanto estaba contemplando, vio a Foran surgir a la izquierda de la imagen y cruzar por detrás de la familia.

La cámara cambió de emplazamiento y, durante unos segundos, la mujer y los chiquillos desaparecieron, siendo sustituidos por el intensísimo tránsito de la calle Baynard. Foran la iba a cruzar en aquel momento y parecía muy abstraído en sus pensamientos.

La escena resultó horrible. El camión apareció, como surgido del seno de la tierra y golpeó a Foran en un hombro, lanzándolo acto seguido debajo de las ruedas. Era un vehículo pesado, y Stella volvió la cara a un lado, para no seguir viendo la terrible escena.

—Apague el televisor —gimió.

Leo chasqueó la mano y la pantalla dejó de ser luminosa en el acto.

—Oiga, no ha empleado el conmutador —dijo ella, asombrada.

—¡Claro, para eso soy un demonio!

Stella estudió durante unos instantes el rostro de Leo.

—¿Hay que firmar contrato? —preguntó, al cabo.

—Es preceptivo, Stella.

—Bien, pero ¿cómo haré yo para llamarle y recoger sus informes financieros?

—Cuando haya una buena oportunidad, yo la llamaré por teléfono, no se preocupe.

—Entiendo… —Stella sonrió—. Ahora deberé firmar con mi propia sangre… ¿No se firman así, tradicionalmente, los pactos con el diablo?

—Nosotros también nos acomodamos a los tiempos modernos, Stella. Si antiguamente exigíamos la firma con sangre del interesado, era más bien por pura pose que porque fuera estrictamente necesario. Aquellas gentes solían ser bastante incultas, a pesar de su preeminencia social, y si les hubiéramos propuesto firmar el contrato con tinta corriente y una pluma de ganso, no nos habrían creído.

—Leo, ¿está seguro de que yo le creeré?

El visitante demoró su respuesta unos segundos. Luego, lentamente, dijo:

—Stella, mañana, a primera hora, invierta noventa mil dólares en acciones de la Kranner Copper Minnigng. En veinticuatro horas habrá duplicado la inversión.

Ella movió la cabeza lentamente.

—Creo que comprendo —dijo—. Vamos, Leo, saque ese contrato inmediatamente.

—Con mucho gusto, Stella.

# CAPÍTULO II

El hombre caminaba por la calle con paso inseguro, la mano derecha metida en el interior de su gabán. Su cara aparecía deformada por un intenso sufrimiento y, de vez en cuando, se tambaleaba como si fuera a caer. Pero, a pesar de todo, seguía andando, aunque, en apariencia, sin rumbo fijo.

Un agente de policía, que hacía su ronda nocturna, se cruzó con él y le vio padecer mucho. Inmediatamente, se dispuso a prestarle auxilio.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —dijo, solícito.

El hombre se detuvo y miró al policía.

—No, muchas gracias —contestó, con voz difícilmente inteligible.

El policía dio un paso atrás, de forma instintiva. La luz no era muy buena en aquel punto, pero, a pesar de todo, había podido ver algo horripilante: la dentadura del individuo.

Era la dentadura de un animal salvaje, con unos colmillos de tres o cuatro centímetros de largo y el resto de las piezas aguzadas como puntas de acero. A pesar de que era un veterano, el policía sintió miedo.

Ahora que se fijaba un poco más en el extraño sujeto, veía su rostro un tanto plano, con ojos casi circulares y la cabeza completamente monda. De repente, el hombre hizo un gesto de ataque.

Un miembro que no era humano salió de debajo del gabán, una especie de garra de reptil y felino al mismo tiempo, recubierta de escamas verdosas, de notable brillo. Las uñas eran largas y afiladas como hojas de afeitar.

El guardia esquivó, poco menos que milagrosamente, el primer golpe dirigido a su garganta y que, de haberle alcanzado, hubiera resultado fatal. Aterrado, dio dos pasos atrás y sacó su revólver de reglamento.

Disparó una vez. Pero no pudo hacerlo de nuevo.

La garra le golpeó con tremenda fuerza en la sien izquierda, derribándole al suelo.

De repente, el extraño ser, autor del atentado, pareció darse cuenta de lo horrible de su acción y se incorporó con brusquedad, mirando estúpidamente a derecha e izquierda.

A lo lejos se oyó el alarido de una sirena policial, atraídos los ocupantes del coche patrulla por el estampido del disparo. Cuando llegaron al lugar del suceso, vieron solamente el cuerpo de su compañero.

* * *

Las informaciones de los diarios daban detallada noticia de lo sucedido aquella madrugada, achacando la muerte del guardia de ronda a algún gran felino escapado de algún circo que pasó por las inmediaciones de la ciudad. Los periodistas, de acuerdo con la policía, suponían que el animal se había asustado repentinamente de algo, lo que le había impedido devorar a su presa.

Duke Barstow leyó los diarios y encontró las informaciones un tanto exageradas. De lo que no cabía dudar era que el infeliz agente había sido atacado por un felino de gran tamaño.

Pero, aun lamentando el suceso, Barstow dedujo que no era asunto que le interesara. Dejó los diarios a un lado y se dispuso a salir a la calle.

Entonces fue cuando vio detenerse junto a la acera un gran coche negro, de factura inconfundible. El automóvil, un Silver Ghost, de la Rolls Royce, era conducido por un chófer de color, impecablemente uniformado, que se apeó con presteza, a fin de abrir la portezuela posterior.

Una elegantísima mujer se apeó, envuelta en una estola de pieles de enorme precio. La mujer se volvió hacia su chófer y le dijo algo. El conductor asintió, saludó respetuosamente y se volvió a su puesto, alejándose con el vehículo a los pocos instantes.

La mujer cruzó la acera. Entonces fue cuando divisó a Duke.

—Ahora mismo voy al oculista —dijo—. Necesito que examinen mis ojos, porque me están haciendo ver visiones.

Duke sonrió.

—Tus ojos siguen siendo los más bellos de Grand Palms —contestó—. Y no necesitan de los cuidados de ningún médico, sino solamente unas gafas oscuras, para que no hieran a los simples mortales con sus rayos de fuego y de pasión.

Stella tendió su mano, finamente enguantada, hacia el hombre.

—Tú siempre tan galante —dijo—. Pero te hacía a diez mil millas de Grand Palms. ¿Qué te ha hecho volver al redil, Duke?

—Si fuera un mentiroso, diría que tú, Stella. Pero sabes que siempre me ha gustado decir la verdad. He vuelto porque necesito cierta tranquilidad durante, al menos, un año.

—Para tu nuevo libro, ¿no?

—Así es… ¡Oh, Stella!, me parece que la acera no es el mejor lugar para charlar. ¿Por qué no entramos adentro a tomar una copa?

—Encantada —accedió la joven—. Aunque te advierto que dispongo de muy poco tiempo. Dentro de un cuarto de hora tengo una reunión de negocios.

Duke la miró con sorpresa.

—Stella, no me digas que tú, la muchacha frívola e inconsecuente, para la cual el dinero no significaba nada, se ha vuelto una dura y despiadada mujer de negocios. Porque, para serlo, se necesita dureza y falta de piedad, y tú no eres así. O no lo eras, al menos hace tres años.

Stella sonrió, mientras se encaramaba a un taburete.

—Los tiempos han cambiado, Duke —respondió—. Y te lo voy a demostrar ahora mismo. Mientras el amigo Rupe nos prepara dos *martinis*, puede ir diciéndote cuál es el apodo que me dan en la ciudad.

—Señorita… —dijo el *barman*, un tanto confuso.

—Vamos, vamos, Rupe, exprese en voz alta lo que tantas veces habrá oído a mis espaldas. El señor Barstow es de confianza.

—También yo conozco a Rupe —sonrió el aludido—. ¿Cómo llaman a la señorita?

—*Golden Lady*, señor —respondió el *barman*.

Duke entornó los ojos para mirar a la joven.

—La Dama de Oro —murmuró.

—Otros me llaman el Midas femenino. Dicen que convierto en oro cuanto toco. La verdad es que he tenido un poco de suerte en mis negocios, eso es todo —respondió Stella con fingida modestia.

—¡Un poco de suerte! Tienes un Rolls Royce, con chófer… llevas unas joyas que valen una millonada… Esas pieles cuestan lo que yo ganaría en dos años… Y dices que sólo es un poco de suerte…

Un timbre sonó en aquel momento. Rupe atendió el teléfono y luego lo trajo al mostrador.

—Para usted, señorita Stella —anunció.

Stella se acercó el aparato a la oreja. Escuchó unos momentos y luego cortó la comunicación con un simple:

—Gracias.

Rupe se llevó el teléfono. Stella se volvió hacia el joven y, sonriendo, levantó su copa.

—Por nuestro encuentro —brindó.

—Sí, un encuentro muy agradable —convino Duke.

Stella abandonó el taburete.

—Tengo trabajo. ¿Por qué no vienes a cenar conmigo una de estas noches? —sugirió.

—Encantado. Fija tú misma la fecha.

—¿Vuelves a tu casa?

—Sí, he estado unos días en el hotel, dejando el campo libre a pintores y decoradores; pero hoy mismo me mudo ya allí.

Stella le dirigió una encantadora sonrisa.

—Te llamaré por teléfono —se despidió.

La joven se marchó, envuelta en un aura de sutil perfume. Duke, al quedarse solo, jugueteó un poco con su copa, cuyo contenido apenas si había probado.

—Rupe —llamó de pronto.

—¿Señor? —dijo el *barman*.

—Yo diría… pero no quisiera parecer entrometido, que la señorita Stella ha recibido un *soplo* acerca de la próxima carrera de caballos.

—¡Oh, no, señor! ¡En absoluto! Por las noticias que yo tengo, la señorita no apuesta un solo centavo en las carreras. Pero, en cambio, si decide comprar algún paquete de acciones en la Bolsa, puede tener por seguro que, a los pocos días, su valor ha subido enormemente.

Duke se quedó atónito al recibir aquella respuesta, totalmente inesperada. De Stella, la antigua muchacha voluble, desinteresada y un tanto casquivana que él había conocido, podía pensar muchas cosas, menos que fuera una hábil y certera inversionista de valores bursátiles.

* * *

La casa había quedado a su gusto; relativamente pequeña, nunca había sido grande, pero cómoda y acogedora, empapeladas las paredes en colores claros, de dibujos poco complicados y sedantes, y su cuarto de trabajo, sobre todo, tal como lo deseaba.

Allí había pasado los mejores días de su niñez y adolescencia. Ahora, convertido ya en un

hombre hecho y derecho, apenas rebasada la barrera de los treinta años, residiría en aquel lugar tranquilo y pacífico, con una hermosa vista sobre el río Teane y las verdes colinas del horizonte que, por fortuna, ocultaban los desagradables pantanos que había al otro lado. La casa de Stella estaba a escasamente ochocientos metros, aguas arriba, en un lugar todavía más agradable y pintoresco. Duke la suponía lo suficientemente sensata como para no haber abandonado su residencia, a pesar del sensacional incremento de su fortuna.

Resultaría interesante saber, pero por labios de la propia Stella, la forma en que había llegado a convertirse en una afortunada mujer de negocios, ella que siempre había sido una catástrofe financiera administrando el poco dinero que le habían dejado sus padres.

Eso debía quedar para otro tiempo, se dijo, mientras iba sacando libros de un cajón, para colocarlos en las estanterías adecuadas. Había permanecido casi tres años en el extranjero y se había traído material más que suficiente para escribir un par de libros, de los cuales ya tenía el esquema trazado. Ahora sólo faltaba ordenar las notas y apuntes y empezar a darle a la máquina…

De pronto, oyó ruido dentro de la casa.

Duke frunció el ceño. Grand Palms era una ciudad relativamente tranquila, con una fuerza policíaca eficiente y de notoria competencia, pero no por ello debía descartar la presencia de un ladrón, atraído por la luz encendida en una casa hasta pocos días antes deshabitada.

En uno de los cajones de su mesa tenía un revólver de cañón corto y calibre 38. Duke empuñó el arma y pasó a la estancia contigua, que era donde se había producido el ruido.

Había allí un hombre alto y fornido, con el cráneo cubierto con un sombrero negro y vestido con un largo gabán oscuro. Duke levantó, sin vacilar, la mano armada.

—Le estoy apuntando con una pistola —anunció—. No se mueva, o haré fuego.

El intruso se quedó quieto en el acto.

—¿Duke? —preguntó.

—Sí. ¿Me conoce usted? —dijo el joven, sorprendido.

Algo parecido a una risa brotó de la garganta del intruso.

—Soy Harry Tillsdale —declaró.

—¡Harry! —exclamó Duke—. Pero ¿qué diablos…?

Dio un paso hacia adelante. Tillsdale captó el gesto y lo cortó, con una orden seca:

—No, no te acerques a mí, Duke. ¡Por el amor de Dios, quédate donde estás o no podré contener mis ansias de matarte!

# CAPÍTULO III



Duke oyó aquellas palabras y se quedó paralizado por el asombro, no por la orden recibida.

—Pero, Harry…

—Escucha, Duke, te ruego una vez más que no te acerques a mí. He venido a pedirte ayuda y no me gustaría acabar matándote. No, no quiero cometer otro crimen, ¿comprendes?

Duke frunció el ceño.

—¿Otro crimen? —repitió.

—¿Has leído los periódicos?

—Sí, por encima…

—En ese caso, conocerás la noticia de la muerte de un pobre agente de policía.

—Sí, creo que le atacó un león o un tigre, escapado tal vez de algún circo que pasaba por las inmediaciones de Grand Palms.

—Duke, la fiera que atacó a ese pobre guardia está aquí, en tu propia casa —manifestó Tillsdale, sensacionalmente.

Y luego, muy despacio, se volvió.

Duke contempló a su amigo y vio que tenía el brazo derecho metido dentro del gabán. Asimismo, apreció cierta transformación en sus facciones y pudo ver unos puntitos verdosos en su cara.

Con la mano izquierda, Tillsdale se quitó el sombrero. Duke lanzó un grito de asombro.

No había asomo de pelo en el cráneo de su amigo; sólo escamas, de color verde grisáceo, brillantes, como las del lomo de un reptil. El efecto era horrible.

—Pero, Harry, ¿qué te ha sucedido…?

—Si te lo dijera, no lo creerías —contestó Tillsdale, moviendo los labios apenas—. Pero tienes que ayudarme, Duke, ¿lo oyes? Tienes que ayudarme y hacer algo por mí.

—Escucha, eso que te pasa debe de ser una enfermedad; iremos a ver a un buen médico, dermatólogo.

—¡No, un médico no! —gritó Tillsdale impetuosamente.

Y para gritar tuvo que abrir la boca, y entonces fue cuando Duke vio su horrible dentadura.

El joven se sintió sacudido por un estremecimiento de horror. Súbitamente, Tillsdale dio un paso hacia la ventana.

—Vienen a buscarme, los oigo —dijo.

—¿Quiénes, Harry? —preguntó Duke.

Pero Tillsdale no contestó. Impulsivamente, dio media vuelta y corrió hacia la ventana, que atravesó de un salto.

Para correr tuvo que sacar el brazo del interior del gabán. Horrorizado, Duke vio una garra de forma espantosa, con unas uñas de cinco centímetros de largo, afiladísimas como navajas de afeitar. Pero, reaccionando corrió tras su amigo.

—Harry, espera —gritó.

Tillsdale le rechazó con un fortísimo manotazo, que le derribó por tierra, pese a su indiscutible fortaleza. Cuando se levantó, Tillsdale corría enloquecido en dirección al río.

Un poco más abajo, había un pequeño puente de madera, usado solamente por los peatones. A la luz de la luna, Duke, que había salido también de la casa, vio a su amigo atravesar el puente atropelladamente, mientras profería rugidos que no parecían salidos de una garganta humana.

A pesar de la claridad lunar, Duke perdió bien pronto de vista a Tillsdale. Se detuvo a la entrada del puente, perplejo, pero también horripilado a causa de la transformación tan espantosa que había sufrido su amigo.

Dudó unos momentos. De pronto, oyó a lo lejos media docena de disparos.

«La policía —se dijo— debe saber lo ocurrido». Volvió a la casa, situada a menos de medio kilómetro, pero, antes de llegar a ella, oyó un horrísono alarido que, pese a la gran distancia, sonaba con notas de enorme potencia.

Duke giró en redondo. A cosa de dos kilómetros se veía una gran llamarada. Los gritos procedían de aquel punto rojo, que bailaba una diabólica danza en las tinieblas.

Era ya tarde para hacer cualquier cosa en favor de su amigo. Entró en la casa y avisó a la policía. Pero alguien se le había anticipado; ya se oía a lo lejos el estridente sonido de la sirena de un coche patrullero.

Luego, Duke corrió hacia el lugar en donde había visto brotar la llama. Los policías y otros curiosos habían llegado antes y se arremolinaban en torno a una cosa negruzca que yacía sobre el suelo.

—Un chiflado —dijo alguien—. Se ha suicidado a *lo bonzo*.

—Ganas de padecer —comentó otro—. Yo no tengo intenciones de suicidarme, pero si algún día lo hubiera de hacer, agarraría una pistola y me pegaría un tiro.

—Bueno, es que hay gustos para todo…

Asqueado, y también profundamente impresionado por lo ocurrido, Duke dio media vuelta y emprendió el regreso a su casa.

* * *

Una doncella negra, vestida impecablemente, abrió la puerta cuando Duke hubo apretado el botón de llamada.

—Soy el señor Barstow —se presentó el joven.

—Pase, señor; la señorita le aguarda.

Duke se quitó el sombrero. El lujo del vestíbulo le dejó casi sin respiración, a pesar de que estaba acostumbrado a ambientes de gran refinamiento. Algunos de los cuadros que vio colgados en los muros no eran meras copias, dedujo tras un rápido vistazo.

Stella acudió a recibirle a los pocos instantes. Los negros cabellos aparecían peinados en un altísimo copete y rodeados por una banda de malla, cuyos hilos ensartaban un sinnúmero de costosas perlas. El vestido, largo hasta el suelo, tenía muy poca tela a partir de la cintura, y era de un color rojo morado, que resultaba un fuerte y atractivo contraste con el blanco de la piel y el negro de los cabellos. En la muñeca derecha, Stella llevaba un anchísimo brazalete, también de perlas, lo mismo que los grandes pendientes que colgaban de los lóbulos de sus orejas.

—Fascinante —dijo él, tomando las manos que ella le ofrecía.

—¿Te gusto?

—Stella, me gustaría ser un orador de fama para hacer el elogio de tu hermosura. Te aseguro que estaría hablando durante semanas enteras, sin pararme siquiera para tomar un vaso de agua.

Ella rió suavemente, halagada.

—Me conformo con que digas sí cuando te pregunte si te gusto —respondió—. ¿Un aperitivo antes de la cena?

—Con mucho gusto.

Stella se colgó del brazo varonil y, juntos, penetraron en una salita íntima, en donde ella misma preparó las bebidas. Al entregarle la copa, dijo:

—Duke, te estoy viendo lleno de perplejidad. Todavía no crees en lo que estás viendo ni, por supuesto, en mi buena fortuna.

—Parece un sueño, en efecto, aunque ya me doy cuenta de la realidad. Sin embargo, me cuesta trabajo creer que todo esto lo has conseguido mediante tu esfuerzo personal. No te ofendas, Stella; prefiero serte franco a adularte con elogios tal vez inmerecidos. Pero es que te recuerdo un poco, digamos manirrota, y se me hace muy difícil creer que eres ahora una dura, despiadada y afortunada mujer de negocios.

—Tienes toda la razón, y nadie en Grand Palms se lo explica. Pero yo tampoco voy a explicárselo a la gente corriente, aunque quizá lo haga contigo. Es decir, si tienes interés en conocer los motivos de mi éxito.

—Te llaman *Golden Lady*. También el Midas femenino. Por lo que veo, son apodos absolutamente justificados. Pero ¿no te ha dicho alguien si lo que tienes lo debes a haber vendido tu alma al diablo?

Stella se puso repentinamente seria.

—¡Duke! —exclamó.

—Perdona —se disculpó él—, pero no quise ofenderte…

—No es eso, Duke —cortó la joven—. Realmente, has dado con la verdad.

Duke la miró atónito.

—Stella, no vayas ahora a decirme…

—Sí, he vendido mi alma al diablo —confirmó ella, impasible.

La copa que Duke tenía en la mano perdió su contenido de un solo golpe.

—Stella, por favor, no bromees… aunque, si lo prefieres tomar a broma, lo haremos así —dijo—. Resultará mejor, ¿no crees?

—Pero si es la verdad. He vendido mi alma al diablo, Duke. Por eso acierto siempre en mis jugadas de Bolsa; simplemente, porque el demonio que vino a verme me telefonea cada vez que unas acciones deprimidas se van a poner en alza sustancial. Ése es todo mi secreto, Duke; pero puedes tener la seguridad de que no lo he dicho a nadie más hasta ahora. Y, por lo mismo, confío en que tú no repetirás esto que acabo de decirte.

Por toda respuesta, Duke alargó su copa vacía. Stella comprendió y se la llenó de nuevo.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Pasa, Magnolia —dijo Stella.

La doncella hizo su aparición.

—Señorita, la cena está servida —anunció—. ¡Ah!, el doctor Bragmussen quiere hablar con usted. Dice que es urgente…

—Muy bien, Magnolia; acompañe al señor Barstow al comedor. Duke, me dispensas unos momentos, ¿verdad? —rogó Stella, con hechicera sonrisa.

* * *

La copa era de cristal de Bohemia y la porcelana de Sèvres. Los cubiertos, de plata pura, lo mismo que los dos candelabros que iluminaban la mesa, cubierta con un mantel de la más pura artesanía española.

Duke terminó de cenar y se reclinó en su sillón.

—Doncella y chófer. Tendrás, también, cocinera, supongo —dijo.

—Y jardinero —sonrió Stella—. Si te apetece, puedes fumar.

—Gracias. ¿Te importaría decirme qué relación te une con el doctor Bragmussen? Oí su nombre hace algunos años…

—No todo lo que hago son negocios especulativos o pasó el tiempo en mantener lo que tú calificas de lujo asiático. Simplemente, sufrago ciertas investigaciones del doctor Bragmussen, aunque bajo la condición de que, si sus experimentos dieran fruto, tendría una buena participación en la patente.

—Comprendo. Stella, ¿qué te hizo entrar en el mundo de los negocios?

—La falta de dinero, querido —rió ella, suavemente—. Hubo alguien que me estafó y se llevó todo el dinero que me quedaba de la herencia. Era mi abogado y pretendía ser algo más, pero, aunque sea incorrecto decirlo aquí, le escupí a la cara.

—¿Quién es ese infiel sujeto?

—Era. En vida se llamó Garthson Foran y, bajo su apariencia de persona decente, se escondía el mayor ladrón que he conocido.

—No sabía que hubiera muerto —dijo Duke.

Stella dejó de sonreír bruscamente.

—Al despedirme de él, le dije que ojalá le pillara un camión —murmuró—. Un cuarto de hora más tarde, se cumplió mi maldición.

—¡Stella!

—Y, aquella misma noche, Leo vino a verme.

—¿Quién es Leo? —preguntó el joven, que empezaba a dudar de la integridad mental de Stella.

—El demonio a quien vendí mi alma, hombre.

Hubo un momento de silencio. Duke, un tanto nervioso, sacó su pitillera. Stella se puso en pie, abandonó su sitio y vino a sentarse en la mesa, junto al joven.

—No me crees, ¿verdad? —dijo con dulzura.

—Stella, me desconciertas…

Ella seguía sonriendo.

—Algún día te enseñaré el contrato que firmé con Leo. Pero cada vez que me ha llamado, para

darme un *soplo*, sus predicciones se han cumplido sin un solo fallo. Ha acertado siempre, yo he jugado a la Bolsa, comprando o vendiendo según Leo me indicaba y, por tanto, en menos de tres años he ganado casi cinco millones de dólares —dijo.

—¡Santo cielo! ¡Cinco millones! Eso explica el lujo en que te veo envuelta…

—Gano dinero y no veo motivo para vivir como una pobre. Además, debo mantener mi posición social de acuerdo con los ingresos de mi profesión.

—No se te puede reprochar, Stella, y me felicito de que hayas conseguido el éxito a una edad tan temprana. Porque, si mis cálculos no están errados, todavía no has llegado a los veintisiete…

—Retrasa, retrasa el calendario —dijo ella, riendo—. El mes que viene cumpliré los veintiséis, querido.

—Es una edad estupenda, magnífica, para tener ya un esposo y dos o tres críos.

—Nunca encontré un hombre de mi agrado, Duke. Tal vez porque el único a quien quería se marchó de aquí hace años, sin percatarse de mis sentimientos.

—¿Y él no lo sabe?

Stella suspiró.

—No, y no se lo diré nunca, mientras no lo sepa ver por sí mismo —respondió.

—Pero si no está en Grand Palms…

—Algún día volverá —aseguró Stella, con firme acento.

# CAPÍTULO IV

El capitán Croxton sonrió, mientras alargaba una maciza mano hacia su visitante.

—Saludo al viajero, que vuelve al hogar después de una larga ausencia —dijo—. Aunque tú, al contrario de Ulises, no has tenido una Penélope que te aguardara en el hogar.

Duke sonrió.

—Cuando Ulises abandonó su casa, dejaba mujer y un hijo. Yo me marché soltero y soltero sigo.

—En cambio, yo ya ves; casi cuarenta años, echando barriga, haciendo régimen para no ganar peso, y con mujer y cinco retoños.

—Eres la estampa pura de la felicidad, Rusty —dijo Duke—. Sinceramente, te envidio.

—Y yo envidio también tu vida viajera, recorriendo ciudades y países exóticos, y conociendo a personajes y ambientes interesantísimos. Habrás acumulado experiencias y recuerdos que, seguramente, te durarán mientras vivas.

—No puedo quejarme, Rusty, aunque llega el momento en que el viajero se siente cansado de hoteles y alojamientos mercenarios y desea llegar al hogar, aunque no le espere una mujer junto al fuego encendido. Pero no he venido a hablar de mí, Rusty, sino de un amigo común.

—¿A quién te refieres, Duke? —preguntó el policía.

—A Harry Tillsdale.

Croxton se puso serio.

—Todavía no sabemos cómo pudo suicidarse a lo bonzo, Duke —contestó.

—¿Estás seguro de que se suicidó, Rusty?

—¿Hay alguna razón para sostener lo contrario?

—Los seis disparos que se oyeron antes de que se encendiera el fuego que lo abrasó.

—Sé lo de los disparos, pero en los pocos restos que se encontraron, no se halló un solo proyectil —aseguró el policía—. El plomo de las balas se funde, por supuesto, y también el metal de la envoltura, si el fuego alcanza temperaturas elevadísimas; pero repito una vez más que a Harry no lo mataron las balas, sino el fuego.

—¿Qué resultado han dado los análisis forenses?

—Normal, dentro de lo que cabe, después de un suceso tan espantoso. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Apareció la dentadura de Harry?

Croxton miró a su amigo.

—Sí —contestó.

—¿Normal?

—Sí.

La voz del policía carecía de seguridad.

—¿Qué me dices de los huesos?

—Quedaban muy pocos, pero todos normales. Se cree que el líquido empleado por Tillsdale para suicidarse contenía una elevada proporción de magnesio puro, que fue el origen de altísimas temperaturas. Esto, lógicamente, provocó la carbonización casi total del organismo.

—Rusty… ¿Te has preguntado alguna vez, no sólo por qué Harry quiso suicidarse, sino por

qué eligió un método digamos tan sofisticado?

Los dientes de Croxton se juntaron bruscamente.

—En los últimos tiempos, el pobre Harry había tenido un comportamiento muy poco normal —contestó—. Es muy probable que algunas contrariedades sufridas le desquiciaran la mente y por eso eligiera tal método para suicidarse, como un deseo de lograr la destrucción total.

—¿En qué consistían esas anormalidades, Rusty?

—Fracasos financieros, Duke. Pero, oye, ¿por qué diablos me haces tantas preguntas?

Duke se puso en pie.

—Yo era un buen amigo del pobre Harry, y tú también —contestó—. Sinceramente, no puedo reprocharte tu falta de locuacidad; comprendo las limitaciones de un oficial de policía cuando se encuentra en presencia de un caso demasiado complicado. Pero no me impedirás que investigue por mi cuenta, ¿verdad?

—¿Es que no crees en la teoría del suicidio?

—No. Y tú tampoco, Rusty; y si hablas así, no lo haces de buena gana, sino obligado por el cargo. Pero, de todas formas, gracias por haberme atendido.

Duke abandonó la estancia del que era jefe de la policía de Grand Palms. Estaba seguro de haber acertado en su diagnóstico: asesinato.

«No quiere hablar —se dijo—. Lo que ha visto y le han informado es demasiado horrible para divulgarlo y no quiere crear un clima de terror en la opinión pública. Además, es un hombre recto y cumplidor y ni ante su mejor amigo quebrantaría las consignas», pensó de Croxton.

* * *

Poco después de salir de la oficina del jefe de policía, Duke buscó un teléfono.

—Soy Barstow —dijo—. Tenga la bondad de ponerme con la señorita Stella.

—Al momento, señor.

Segundos más tarde, Duke oía la voz de su amiga.

—Tengo que hacerte una pregunta, Stella —manifestó—. Dispensa si te he molestado, pero…

—¡Sí! —gritó la joven.

—Sí, ¿qué? —exclamó él, atónito.

—Hombre, creí que ibas a pedirme en matrimonio.

—Stella, tienes un humor magnífico, eres una mujer bellísima y, además, poseedora de una gran fortuna, pero no querría…

—Está bien, está bien, ya veo que me has engañado. ¿Cuál es la otra pregunta?

—Pero si yo no quería hacerte más que una.

—Precisamente, la que menos me interesa, Duke.

—A mí sí me interesa, Stella. ¿Puedo hablar o no?

—¡Qué hombre! —suspiró la joven—. Anda, dispáralo ya de una vez.

—Gracias. Escucha, tú estás muy introducida en los ambientes financieros de Grand Palms…

—Moderadamente tan sólo, querido.

—Bien, como quieras. Pero dime, ¿qué sabes de los fracasos financieros de Harry Tillsdale?

—Nada, Duke.

—¿Seguro, Stella?

—Yo sé de mis asuntos financieros, pero no me ocupo de los de otros.

—Sin embargo, conocías a Harry, creo.

—Desde luego, aunque nunca me hizo partícipe de sus éxitos o fracasos en las finanzas. Lo siento, no puedo darte la información que deseas.

—Está bien, te ruego me perdones la molestia.

—No ha sido ninguna molestia, querido; y ya sabes, cuando me preguntes lo que deseo que me preguntes, te contestaré sí sin vacilar.

Duke contestó con un bufido.

«Pero qué manía le ha dado de casarse conmigo…», mascculló, casi indignado, mientras abandonaba la cabina telefónica.

Sería cosa de hablar con Nancy Tillsdale, se dijo. La viuda de Harry era el mejor medio para conocer la exactitud de las afirmaciones de Croxton con respecto a los fracasos financieros de un hombre en cuyo suicidio no creía absolutamente.

Media hora más tarde, se hallaba en presencia de la viuda, una mujer joven todavía y de bastantes atractivos, la cual, en aquellos momentos, se hallaba comprensiblemente afectada. Duke y Nancy se conocían de antiguo y por ello no le fue difícil al joven entrar en materia, una vez hubo expresado a la afligida mujer sus testimonios de condolencia.

—De los negocios de Harry no puedo decirte nada, Duke —manifestó Nancy—. En los primeros años de matrimonio sí me interesaba algo, pero luego lo consideré un tema aburrido, aparte de que no entendía absolutamente nada. Si le iban bien o no los negocios, sólo lo sabré cuando los interventores judiciales me presenten las cuentas de la liquidación que están haciendo en estos momentos.

—Tardarán algún tiempo, me parece.

—No lo sé, pero no será una tarea corta, estimo.

—Nancy, te agradeceré que me telefonees cuando sepas el resultado de la liquidación. Sigo viviendo en mi antigua casa y mantengo el mismo número de teléfono.

—Lo haré así, pero ¿por qué te interesa tanto este asunto?

—Nancy, no quiero exacerbar tu dolor, pero creo que debes conocer la verdad o, por lo menos, mi opinión. Tu esposo no se suicidó, sino que fue asesinado.

La señora Tillsdale lanzó un gemido de horror.

—¡Asesinado! —repitió, llorando.

—Eso es lo que yo opino, pero, dime, ¿hacía mucho tiempo que no vivías con él?

—¿Cómo lo sabes, Duke?

—Tengo motivos para ello, Nancy. Contéstame, te lo ruego.

Ella asintió.

—Hacía más de seis semanas que faltaba de casa —respondió—. Dijo que se iba al Norte por asuntos de negocios, y que tardaría algún tiempo en regresar. Sin embargo, me telefoneaba casi a diario, diciéndome que todo iba bien y que pronto regresaría a mí lado. Pero la primera noticia que tuve de su vuelta a Grand Palms fue la de su suicidio.

* * *

Se paseaba arriba y abajo, sumamente inquieta. Sabía que podía calmarse con un par de tragos, pero no quería recurrir a procedimientos que le disgustaban. Ya se tranquilizaría, pensó, sin dejar de recorrer la sala arriba y abajo, como una pantera enjaulada.

—Estás muy nerviosa, Stella.

La joven se volvió en el acto. Leonard estaba sentado en la barra, vestido como de costumbre, aunque esta vez con un cigarrillo sostenido por una larga boquilla, que sujetaba con los dientes.

—Estoy nerviosa, pero no creo que eso te importe, Leo —contestó.

—Está bien, no te enfades. Sólo vine a darte un consejo financiero…

—El dinero no me importa ahora —exclamó ella con vehemencia.

Leonard alzó una ceja.

—*Shocking!*, como decían los británicos remilgados —murmuró—. ¿Hay para ti otras cosas mejores que el dinero?

—Sí, el amor…

Stella se interrumpió de pronto.

Sus ojos miraron escrutadores al elegante individuo que tenía frente a sí.

—Ahora que lo pienso, tú podrías ayudarme, Leo —dijo.

—¿En qué?

—Quiero que un hombre pida mi mano. Deseo casarme con él. Leonard soltó una risita.

—Pero, querida, ¿es que no tienes bastante dinero para conquistarlo?

—A él no le interesa el dinero; es decir, le interesa moderadamente, pero no le gusto yo.

—Entonces, si no le gustas…

—Es que tú eres un demonio y podrías torcer su voluntad, para hacerle casar conmigo. ¿O no hemos hecho un pacto y mi alma será tuya cuando yo me muera?

—Stella, preciosa, estás muy equivocada. El trato se refería únicamente a la riqueza. Tú me pediste dinero y yo te he facilitado las informaciones necesarias para conseguirlo. Pero no tienes dos almas para venderme, ¿comprendes?

—En tal caso, deshagamos el trato; donde pone dinero, escribiremos el nombre de…

Leonard meneó la cabeza.

—No, lo siento —rechazó la oferta—. El trato con el diablo sólo se hace una vez y por un solo motivo. Precisamente, no hace muchos meses, firmé otro con un tipo que quería hacerse célebre por sus descubrimientos científicos. Yo le he dado los medios necesarios para conseguirlo, pero cuando, además, me pidió dinero, le dije lo mismo que a ti: había firmado el contrato de venta de su alma a cambio de una cosa.

—Cada alma tiene un precio y sólo se vende una vez.

—Exactamente… ¡Pero, muchacha!, vosotros, los mortales, os pasáis la vida diciendo que el dinero lo puede todo. Ahora que lo tienes en abundancia y que aún acrecentarás tus riquezas, ¿no te sientes capaz de conquistar al hombre a quien amas?

—El dinero no lo puede todo. Leo. De todas formas gracias por las explicaciones que me has

dado. Tal vez encuentre así la forma de conseguir mis propósitos.

—Y yo te lo deseo muy sinceramente. Por cierto, pasé por aquí para ver qué tal te iban las cosas, pero también para darte un consejo financiero.

—¿Interesante?

—Las Consolidades Rudbane & MacCowan están a punto de experimentar una importante alza. Compra medio millón y vende cuando estén a ciento diecisiete. Todavía subirán unos cuantos puntos más, pero luego iniciarán una buena bajada, para estabilizarse en noventa y seis. Puesto que ahora están en sesenta y dos, imagínate lo que puedes ganar.

—¿Cuál es el nominal de cada acción?

—Cien dólares. Con medio millón, puedes comprar cinco mil acciones, lo cual, en el momento de rematar la operación, te dará un beneficio de doscientos sesenta y cinco mil dólares. No está mal, ¿verdad?

Stella lanzó un hondo suspiro.

—Pero Duke no me quiere —dijo.

—Todo no se puede tener en este mundo —respondió Leonard, filosóficamente.

# CAPÍTULO V

Hacía años que no veía a Ronnie Patterson y el encuentro con un viejo amigo le decepcionó considerablemente. Eran casi de la misma edad; Patterson le pasaba solamente un par de años, pero parecía que tuviese quince más que él.

Las ropas flotaban sobre el cuerpo de Patterson y su rostro aparecía pálido y demacrado, con bolsas bajo los ojos y los labios lívidos y hasta agrietados.

—¿Has estado enfermo? —preguntó Duke, tras los primeros saludos.

—A punto de morir, y todavía no sé si acabaré en el cementerio, Duke —respondió el interpelado—. Ya no me queda más que un recurso, desesperado, pero cuando uno está perdido, se agarra incluso a un clavo ardiendo, ¿no te parece?

—Ronnie, ¿quieres explicarme…?

—Ahora, no, Duke; tengo algo deprisa. Mi médico me ha citado para dentro de un cuarto de hora. Tengo que internarme en su clínica y permanecer dos meses, por lo menos.

—Iré a verte…

—¡No, no hace falta! —contestó Patterson, con cierta violencia—. Va a ser un tratamiento largo y costoso, pero, si sale todo como el médico ha dicho, dentro de dos meses no sólo estaré como nuevo, sino que podré vivir treinta o cuarenta años más de la media normal actual.

—¡Fantástico! —exclamó Duke—. Oye, ¿y quién es ese médico tan maravilloso? Porque encontrar a un galeno que alargue la vida en treinta o cuarenta años más, es casi como haber encontrado la fuente de la juventud.

—Oh, sí, es cierto. Ese médico es el doctor…

El súbito bocinazo de un camión pesado que circulaba por las inmediaciones hizo que Duke no pudiera oír el nombre del médico. Cuando el mastodonte con ruedas se hubo alejado, Patterson dijo:

—Bueno, adiós, se me hace tarde.

Y se marchó, dejando a un Duke Barstow asombrado y perplejo por la noticia que acababa de recibir.

Al cabo de unos segundos, Duke se encogió de hombros.

—Muy mal debe de encontrarse cuando acepta someterse a ese tratamiento —murmuró para sí —. Pero si es verdad que ese matasanos le va a dar treinta años más de vida de lo corriente, no cabe la menor duda de que ha encontrado una auténtica panacea para sus males.

Y luego, como tenía trabajo y no podía descuidarlo, buscó su coche y regresó a su casa.

Un par de días más tarde le llamó Stella.

—En vista de que no quieres aumentar la cuenta de tu teléfono, ya haré yo el gasto por ti —dijo la joven.

—Me llamas tacaño, ¿verdad?

—Olvidadizo, es el calificativo exacto.

—Como quieras, preciosa. Pero mira, para que veas que no te he olvidado, te invito a cenar mañana. Hoy, no, porque no estoy preparado adecuadamente, pero mañana pasaré a buscarte a las siete en punto. ¿Hace?

—De acuerdo —exclamó ella, exultante de alegría—. Y, como premio, te daré un buen *soplo* para que juegues en la Bolsa.

—No me interesa…

—Sólo son diez mil dólares, hombre. ¿Me vas a decir que no tienes esa suma?

—Sí, pero la guardo para eventualidades y no para dilapidarla en transacciones especulativas, dicho sea con buenas palabras.

—Está bien, yo pondré el dinero por ti…

—Stella, si haces lo que has dicho, no te invito a cenar.

—Pero, hombre, no tendrás que arriesgar nada; yo te entregaré las ganancias, que no ascenderán a menos de cinco mil dólares…

—¡No!

—De acuerdo, como gustes. Tú te lo pierdes, tonto. Y te lo perdono por la invitación de mañana, de otro modo…

—Oye, aquel vestido rojo que llevabas la noche en que me invitaste a tu casa me gustó muchísimo. Póntelo mañana, ¿quieres?

—Lo siento, ya no lo tengo.

—¿Cómo?

—Duke, por favor, una dama verdaderamente elegante no usa un vestido de fiesta más de una vez. Se lo he regalado a mí doncella, pero tengo otro que te hará saltar los ojos, te lo aseguro.

—¡Qué derrochadora! —Se escandalizó Duke.

* * *

La cena había sido exquisita y la velada que había seguido, en uno de los locales más selectos de Grand Palms, la había rematado del mejor modo que habrían podido desear ambos. Al llegar la hora del regreso, Duke condujo su coche para llevar a Stella a su casa.

El automóvil se detuvo ante la entrada. Stella reclinó la cabeza en el asiento y suspiró gozosamente.

—La mejor noche de mi vida —dijo.

—¿De veras? —preguntó él.

—Nunca la olvidaré. Pero, sobre todo, porque tú has estado a mí lado todo el tiempo…

—Lamento interrumpir una conversación tan grata, pero es que necesito un par de dólares para un trago y tengo los bolsillos vacíos.

La voz sonaba junto a la ventanilla del conductor. Duke volvió la cabeza y vio a un hombre que les apuntaba con un revólver de ancha boca y cañón muy corto.

—Un atraco, ¿eh? —dijo el joven.

—¡Digamos mejor una transferencia de fondos! —Rió el atracador—. Vamos, salgan los dos, pronto, con las manos en alto y sin intentar ninguna jugarreta, o les volaré los sesos.

Stella temblaba. Duke procuró tranquilizarla.

—No temas, este caballero no nos hará daño, si obedecemos sus órdenes; ¿no es así?

—Exactamente —corroboró el facineroso.

Duke abrió la portezuela de su lado. El atracador estaba a dos pasos de distancia, vigilando los movimientos de la pareja.

—Usted, su billetera —ordenó al joven—. Y usted, señora, sus joyas: el collar, los pendientes y la pulsera.

—No se queda usted corto pidiendo, ¿eh? —dijo Stella, mientras empezaba a obedecer la orden.

Duke entregó la billetera al ladrón, quien, hábilmente, sacó con una mano los billetes, dejando caer el resto al suelo. De pronto, Stella, a la que se le resistía el cierre de su pulsera de perlas, hizo un movimiento brusco, totalmente instintivo.

El ladrón creyó que iba a ser atacado y disparó. Stella lanzó un grito y cayó al suelo.

Duke se enfureció y saltó hacia adelante, golpeando al forajido en la mandíbula. Pero el golpe no salió como hubiera deseado y el ladrón, aun trastabillando, no cayó.

El disparo había hecho ruido. La zona estaba relativamente concurrida y el ladrón temió la pronta llegada de la policía. Había seguido en poder del arma y golpeó al joven con el puño cerrado en torno a la culata.

Duke rodó por tierra, medio desvanecido. Oyó pasos rápidos y supuso que el ladrón se alejaba a todo correr, pero todo su interés estaba centrado en aquellos instantes en Stella, quien yacía en el suelo, con el pecho cubierto de sangre.

* * *

Duke tenía en la frente una cruz de cinta adhesiva. Un sargento de la policía le tomaba declaración en el hospital. Croxton escuchaba atentamente las manifestaciones de su amigo.

—No le vi la cara… Llevaba sombrero y, además, estaba de espaldas a un farol… Me pareció joven, más o menos como yo, y bastante fuerte… —dijo Duke—. Hablaba correctamente, sin palabrotas malsonantes o de argot… Pero ninguno de los dos quisimos rechazar el asalto; lo que pasa es que debió de ponerse nervioso y tiró del gatillo…

Un hombre de bata blanca apareció, de pronto, en el corredor.

—La señorita Morbidson está fuera de peligro —anunció el médico.

Duke se puso en pie inmediatamente.

—¿Puedo verla, doctor? —consultó con avidez.

—Por supuesto, aunque procure ser breve. La herida, en sí, no tiene ninguna gravedad, un simple sedal en el antebrazo izquierdo, lo que hizo perder toda su fuerza a la bala que, de otro modo, hubiera causado serios destrozos en el pulmón de aquel lado. Pero chocó contra la epidermis y cayó al suelo, produciéndole una simple hematoma, sin importancia alguna. Hay indicios de perforación en el punto donde impactó el proyectil, después de atravesar el brazo, aunque la exploración radioscópica ha dado, por fortuna, un resultado negativo.

—Gracias, doctor.

Duke se precipitó en la habitación donde yacía Stella, con el brazo izquierdo cubierto de vendajes. El rostro de la joven aparecía muy pálido, pero se la veía animosa y sonriente.

—No sabes cuánto lo siento…

Stella movió la mano derecha. Duke la tomó entre las suyas.

—Despreocúpate —dijo ella—. Dentro de un par de semanas estaré completamente restablecida. Luego será cosa de la cirugía estética, si quiero que mi brazo recobre el aspecto habitual.

—Eso es lo de menos, el caso es que no te haya pasado nada. Bueno, casi nada…

—Te portaste muy valientemente, Duke.

El joven hizo una mueca.

—No lo creas, aunque sí me puse furioso cuando te vi caer al suelo. En aquellos momentos, créeme, hubiera estrangulado a aquel salvaje.

—Corriste un grave riesgo por mí…

—El tipo escapó con el dinero y las joyas.

—No tiene ninguna importancia. A mí me hubiera dolido infinitamente más que aquel bruto te hubiese hecho más daño.

—Está bien, discutiremos esto cuando te encuentres mejor. Mañana vendré a verte. Con flores, por supuesto.

Stella sonrió dulcemente. Una enfermera entró y le aplicó una inyección sedante.

—Con las flores trae algo más, Duke —dijo la joven—. Ya sabes a qué me refiero.

Duke prefirió no contestar. Estrechó la mano sana de Stella y abandonó la estancia.

Croxton aguardaba en el corredor, fumando nerviosamente, le pareció al joven.

—¿Preocupado, Rusty? —preguntó Duke.

—Sí, aunque no por el suceso, pese a lo desagradable que haya podido resultar para los protagonistas. Otra cosa me preocupa más.

—¿Puedo saber qué es?

—Ahora sí, y sólo porque se trata de ti. Tenías razón en lo referente a la dentadura de Tillsdale, y lo peor no es que no fuese una dentadura humana, sino que no corresponde con ninguna de las conocidas, hasta ahora, de las fieras que pueblan este planeta.

# CAPÍTULO VI

Varios días más tarde, cuando ya el proceso de curación de Stella se hallaba en una fase muy avanzada. Duke recibió una llamada de Nancy Tillsdale:

—Tenías razón, los asuntos de Harry marchaban muy mal. Puede decirse que, prácticamente, nos hemos quedado en la ruina. Por fortuna, me quedan la casita y la póliza de su seguro de vida. Como hacía ya muchos años que la había concertado, el suicidio no excluye el pago de la suma concertada.

—En medio de todo, es un consuelo, Nancy.

—Yo tengo mi título de profesora de primaria. Ya he encontrado trabajo. Soy joven todavía y sabré salir adelante.

—Así lo deseo, y si necesitas ayuda, ya sabes, pídemela sin vacilar. Harry y yo fuimos buenos amigos y no me gustaría que su viuda tuviera una mala impresión de mí, si en caso de necesidad, no la ayudase.

—Gracias, Duke. ¡Ah! ¡Por cierto! Olvidaba una cosa… No creo que tenga gran importancia, pero como me preguntaste por el tiempo que Harry había estado fuera de Grand Palms… Me engañó. No se marchó por negocios.

—¿No?

—Estuvo internado en una clínica. Tengo un trozo de una factura, que debió de romper incompletamente. En la factura no se indica el lugar dónde está la clínica, pero sí que se dedica al rejuvenecimiento. La dirige un tal doctor Bragmussen… ¿Le conoces tú, Duke?

—Lo siento, no he oído ese nombre en mi vida.

Nancy suspiró.

—Bueno, todo ya da lo mismo —se despidió—. Adiós y gracias por haberme escuchado.

—A ti, por haberme llamado, Nancy.

A la misma hora, en su casa, Stella se hallaba profundamente preocupada al conocer la noticia de su primera derrota en el campo de las finanzas.

—Esto no puede ser —exclamó, sin darse cuenta de que estaba a solas—. Leonard no puede engañarme; nunca me había fallado…

—¿Me llamabas, hermosa?

Stella se volvió bruscamente. Al hacerlo, notó un levísimo dolor en el brazo izquierdo, pero no prestó la menor atención, creyéndolo una simple distensión muscular.

Leonard estaba frente a ella, sentado en un cómodo diván, las piernas cruzadas y las dos manos, enguantadas en rojo, sobre el puño de su bastón de ébano.

—No te llamaba, pero vienes de perilla —respondió la joven—. Lo que me dijiste sobre mi última jugada de Bolsa no ha resultado más que un fracaso, un completo fiasco. Las acciones de las Consolidades Rudbane & MacCowan están poco menos que por los suelos. No solamente he dejado de ganar el cuarto de millón largo que me prometiste, sino que, además, he perdido casi seis dólares por acción.

—La pérdida no es grave, solamente treinta mil dólares…

—Pero invertí medio millón y ahora nadie quiere esas acciones ni regaladas —exclamó ella,

furiosa.

—Bien, en todo caso la culpa es tuya.

—¿Cómo que la culpa es mía? Pero ¿no me aconsejaste tú que…?

—Efectivamente, te lo dije así; pero nunca te dije que compartieses con otra persona tus conocimientos de Bolsa.

Stella se quedó con la boca abierta.

—No entiendo…

—Tú le dijiste a Duke que comprase acciones de la Consolidades Rudbane & MacCowan. Él no quiso comprar, desde luego, pero en su nombre compraste cien acciones.

—Sin embargo…

—Stella, no le des más vueltas. El trato es exclusivamente entre tú y yo. Yo puedo hacerte ganar todo el dinero que quieras, pero no te aproveches de mí para enriquecer a otros. Quiero decir, en la forma en que has intentado hacerlo; si deseas dar limosna a un pobre o comprarte un auto de lujo, no te lo impediré. Pero lo que hiciste con Duke es pura trampa, de acuerdo con los términos de nuestro pacto, por supuesto.

Ella le miró de soslayo.

—Oye, no estarás proponiéndome que le seduzca para que te venda su alma —dijo.

—No, él no vendería su alma por nada, puedes estar segura de ello.

—¿Ni siquiera por mí?

Leonard sonrió burlonamente.

—Un diablo no intenta comprar nunca el alma de un ser humano verdaderamente honesto —contestó—. Aunque tenga todos los defectos inherentes a un ser humano, claro está. Pero él es un hombre, ¿comprendes?

—Lo cual significa que tienes un pobre concepto de mí.

Leonard eludió una respuesta concreta.

—Ahora tienes que recobrar la fama perdida —dijo—. Compra diez mil acciones de la Kapper Mining. Valor nominal, doscientos dólares; valor actual, en cotización bursátil, ciento dieciséis. Dentro de un mes estarán a doscientos ochenta y dos. Vende, aunque suban siete u ocho puntos más. Así ganarás ochocientos mil dólares largos.

Stella se puso un cigarrillo en los labios, actuando de modo maquinal.

—Has dicho la Kapper Mining.

—Exactamente.

—¿Qué me dices de la Consolidades Rudbane & MacCowan?

—Es tu castigo por haber quebrantado los términos de nuestro pacto.

—Pero yo no sabía…

—En lenguaje forense terrenal se dice: la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento. Eso vale también para los demonios —sonrió Leonard al mismo tiempo que, puesto en pie, ofrecía fuego a la joven con un costoso encendedor de oro y rubíes.

Ella aspiró el humo. De pronto, dijo:

—Oye, parece que hay un ligero olor a azufre…

Leonard movió la cabeza pesarosamente.

—Es algo lastimoso; por más potingues que usamos, nunca podemos desprendernos totalmente de ese condenado olor —respondió.

* * *

Estaba muy concentrado, corrigiendo unas cuartillas recién escritas por la tarde, cuando, de pronto, le pareció oír un ruido en la habitación vecina.

Duke se quitó los lentes que usaba para leer y abrió el cajón lateral, del que sacó el revólver que guardaba allí constantemente. Luego se levantó, salió de detrás de la mesa y cruzó el despacho en silencio.

Abrió la puerta con infinito cuidado. Al otro lado, situado frente a una mesa, divisó a un hombre vestido de negro de pies a cabeza.

Por un momento, pensó en Harry Tillsdale, pero rectificó de inmediato. Harry, el pobre, estaba muerto. Debía pensar en un ladrón y ahora no le pasaría como cuando fue asaltado junto a Stella.

—Le estoy apuntando con un revólver —dijo—. No se mueva o apretaré el gatillo.

El hombre se quedó quieto.

—¿Duke? —preguntó.

—Sí. ¿Quién es usted?

Un horrible chirrido salió de la garganta del desconocido. Duke se estremeció de pies a cabeza.

Al cabo de unos segundos, el hombre dijo:

—Lo siento… no siempre puedo hablar normalment… —Su voz se intercalaba con unos espantosos chasquidos, mezclados con chirridos que ponían la piel de gallina—. Necesito… una cuartilla… y un… lápiz…

Duke creyó intuir la verdad.

—¿Eres Ronnie? —preguntó.

La cabeza del intruso se movió, afirmativamente, varias veces. Entonces, Duke vio que, en lugar de sombrero, la tenía cubierta por un gran paño negro.

—Está bien, te traeré el lápiz y el papel ahora mismo —dijo.

Corrió al despacho y regresó, instantes después, con los elementos solicitados. Al dejarlos sobre la mesa, vio que Patterson se volvía, como si no quisiera ser visto por el dueño de la casa.

—Pero ¿qué te pasa, Ronnie? Soy tu amigo, deseo ayudarte…

Algo parecido a una garra de extraña forma, negruzca y con grandes y puntiagudos vellos, emergió del gabán que llevaba puesto Patterson. El lápiz se partió, de pronto, con ligero chasquido, al ser atrapado por dos tenazas de consistencia quitinosa y bordes cortantes.

Helado de horror, Duke retrocedió un paso. Patterson se agachó y recogió la mitad del lápiz con punta, ahora con mucho más cuidado.

La otra mano era normal, observó Duke. Pero al intentar escribir, Patterson hizo un brusco movimiento y entonces se le desprendió el trapo negro que cubría su cabeza.

Una exclamación de espanto brotó de los labios de Duke. Aquello que tenía frente a sí no era, no podía ser, una criatura humana.

La visión, sin embargo, duró escasos segundos, porque Patterson, después de unos cuantos

chirridos, con los que quiso demostrar su rabia, volvió a cubrirse la cabeza. Para Duke, sin embargo, había sido más que suficiente.

Aquella cabeza era la de un insecto, aumentada centenares de veces, con unos ojos enormes, globulosos, con miles de facetas hexagonales, de color perlino y todas iguales. Había una especie de pico en forma de espira, como con numerosos vellos, pero la parte inferior de la boca y el resto de la mandíbula subsistían aún en toda su forma humana.

—Ronnie, en nombre de Dios, ¿qué…?

A Duke le resultaba difícil articular las palabras. Patterson meneó la cabeza.

Lenta y trabajosamente, dijo:

—Estoy perdido… Mi transformación en un horrible monstruo se acentúa por momentos… Siento que empiezo a perder la conciencia de ser una persona… Instintos extraños se apoderan de mí… Necesito que hagas algo… No quiero seguir viviendo así…

—Pero ¿quién? ¿Quién ha hecho contigo una cosa tan horrible, Ronnie? —gritó Duke.

Patterson quiso decir algo, pero ya no pudo emitir otra cosa que horrendos sonidos, absolutamente ininteligibles. En vista de que no podía hablar, intentó expresar la respuesta por escrito.

Pero el medio lápiz se destrozó entre las pinzas que habían sustituido a su mano derecha. Un espantoso chasquido de protesta brotó de una garganta que ya tenía muy poco de humana.

Súbitamente, Patterson se dirigió a todo correr hacia la ventana. Estaba cerrada, pero rompió maderas y cristales sin la menor dificultad, con un considerable estrépito. Saltó al exterior y huyó a toda velocidad.

Duke intentó perseguirle. Corrió unos centenares de metros; incluso atravesó el puente de madera sobre el Teane, pero entonces, bruscamente, alguien surgió de la oscuridad y se le arrojó encima.

El ataque, inesperado, tuvo pleno éxito; Duke, sorprendido, no pudo resistirlo y cayó al suelo, casi sin sentido.

El atacante huyó.

Duke oyó, vagamente, unos gritos:

—¡Por ahí, por ahí va…!

Luego sonaron unos disparos. Después, a los pocos segundos, se alzó una enorme llamarada, que disipó las tinieblas en un extenso radio.

Una forma se agitaba en el fuego y los gritos que profería al sentir el dolor de las quemaduras no tenían nada de humano.

# CAPÍTULO VII

—Creo que necesitas una taza de café —dijo Stella, al día siguiente.

Duke estaba hundido en un sillón, fumando un cigarrillo con aire abstraído. Stella se le acercó, con la taza en su plato.

—Vamos, reacciona, hombre —dijo, tratando de darle ánimos.

—Es tan horrible lo que vi anoche…

La joven se acuclilló en el suelo, frente a él.

—Procura olvidarlo —aconsejó—. Ya me imagino que debió de resultar espantoso, pero debes hacer un esfuerzo por sobreponerte.

—Stella, hay veces que me gustaría decir que lo he soñado, que no he visto nada de lo que pasó, pero, desgraciadamente, eso no es posible. Sucedió y yo lo vi y oí… Stella, el pobre Ronnie haciendo terribles esfuerzos para hablar, convirtiéndose en un escarabajo gigantesco… o en una langosta, o en Dios sabe qué insecto monstruosamente grande… medio hombre, medio insecto…

—¿Te dijo Ronnie cómo se había producido la transformación?

—Apenas podía hablar. Su mano derecha había sido sustituida por una pinza, cuyos movimientos y potencia no podía controlar totalmente. Partió el lápiz la primera vez que se lo entregué y luego escribió esa nota que ya has leído. Pero no pudo decirme el nombre de la persona que hizo en él tan espantosa transformación. El mal avanzaba rápidamente y sus dificultades por articular sonidos crecían por momentos.

—Y luego escapó…

—Sí, debió de oír algo, aunque no me imagino qué pudo ser, puesto que yo no capté ningún ruido sospechoso.

—Si se había transformado, aunque sólo fuese parcialmente, en un animal extraño, es muy posible que tuviese ya cierta facilidad para captar sonidos que ni tú, ni tus tímpanos, podían recoger.

—Es probable que tengas razón. Debió de darse cuenta de que iba a ser perseguido y escapó a todo correr. Yo le seguía, incluso atravesé el puente y entonces fue cuando el desconocido me atacó.

—Duke, este caso es sospechosamente parecido al de Harry Tillsdale —dijo Stella.

—Sí, indudablemente hay una notable similitud entre los dos casos. Con la diferencia, claro está, de la transformación morfológica. Harry tenía partes de reptil y Ronnie las tenía de insecto, eso es todo.

—Y los dos murieron por el fuego.

—Exactamente.

—Pero, Duke, ¿qué significado pueden tener los seis disparos que sonaron antes de que se encendiera el fuego, en ambos casos?

—No lo sé. Quizá se trate de una contraseña, porque una cosa es segura: en los cuerpos de los dos, bueno, en lo poco que quedó de ellos, no se han encontrado, en absoluto, rastros de proyectiles.

—Duke, ¿puedo hacerte una pregunta? —consultó Stella.

—Desde luego, todas las que quieras.

—¿Piensas seguir investigando este caso, también?

—Rusty Croxton tiene más medios que yo —respondió Duke—. Es una tarea que le compete a él exclusivamente.

—Es lo mejor —convino ella—. Tú ya tienes tu tarea y no puedes descuidarla… Por cierto, ¿cómo es que Ronnie fue a parar, también, a tu casa?

Duke se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! —respondió—. Posiblemente oyó hablar de lo que le sucedió a Harry Tillsdale y vino a verme para que le ayudase, pero, sea cual fuere el mal que lo poseía, estaba ya demasiado adelantado y era imposible hacer nada.

—Sí, quizá fue a verte por eso.

El timbre sonó, de pronto. Segundos después, Duke y Stella oyeron voces en el vestíbulo. A los pocos momentos, Magnolia, la doncella, hizo su aparición en el umbral de la sala.

—Señorita, el capitán Croxton —anunció.

Stella se puso en pie en el acto.

—Hazle pasar, Magnolia —ordenó.

—Sí, señorita.

Croxton entró unos segundos después, recio, pesado, ceñudo, con el sombrero en la mano.

—Señorita Morbidson —saludó—. ¿Qué tal, Duke? Me dijeron que estabas aquí y decidí venir a verte, aun a riesgo de interrumpir tu conversación…

—Nada de eso, capitán —exclamó Stella, con viveza—. Tanto Duke como yo sólo queremos ayudar a la justicia. Pero les dejaré solos; así hablarán con más confianza.

Croxton alzó una mano.

—Por favor, señorita; en lo que tengo que hablar con Duke no hay nada que no pueda escuchar usted —dijo, amablemente.

* * *

Duke contestó lo mejor que pudo y supo a las preguntas del oficial de policía. Al cabo de un rato, Croxton se dio por satisfecho y se dispuso a marcharse.

—Seguimos manteniendo el asunto en silencio —dijo—. Es algo que me fastidia horriblemente; no me gusta ocultar nada a la gente que me paga. Pero este asunto es enteramente nuevo y no puedo permitir que cunda el pánico. El alcalde y el doctor Fairey, forense del condado, están igualmente de acuerdo conmigo.

—Bueno, pero ¿qué es lo que origina esas transformaciones tan espantosas?

—No lo sabemos aún a ciencia cierta, pero sospechamos que se trata de los barriles con desechos radiactivos que la Comisión de Energía Atómica hizo sepultar en los pantanos del otro lado de West Hills. Tal vez, con el paso del tiempo, el metal de alguno de los barriles se ha corroído y su contenido ha empezado a esparcirse en las aguas inmediatas.

—Los pantanos no tienen desagüe —objetó Duke—. Precisamente por eso, constituyen la zona más encharcada del país en muchos miles de kilómetros a la redonda. Algunos, incluso, dicen que

son mayores que los de Florida.

—Sí, lo sé, y también sé que es el paraíso de los cazadores. Pero debes recordar que tanto Tillsdale como Patterson eran muy aficionados a la caza.

—¿Qué quieres decir con eso, Rusty?

—Sencillamente, y en opinión del doctor Fairey, tal vez sufrieron la picadura de algún insecto, en una de sus partidas de caza. Ese insecto podía estar afectado por las radiaciones y transmitir, con la picadura, los gérmenes portadores de la enfermedad mutante… No lo sabemos bien aún; yo sólo me limito a señalar una posibilidad.

—Sí, comprendo.

—Pero, por supuesto, todo esto debe quedar en el más riguroso secreto —concluyó Croxton.

—Descuide, capitán; lo que es por mí, nadie sabrá una sola palabra de todo este desagradable asunto —dijo Stella.

—Cuenta conmigo, Rusty —añadió Duke, más escueto.

Croxton se marchó. Al quedarse solos, Stella dijo:

—¿Quieres más café, Duke?

—Bueno, una taza…

Ella se inclinó para coger la cafetera térmica, pero, al hacerlo, lanzó un quejido de dolor, a la vez que se ponía la mano izquierda en el costado.

Duke se puso en pie, de un salto.

—Stella, ¿qué te sucede? —exclamó, alarmado.

La joven se incorporó, sonriendo.

—No es nada, ya se me ha pasado —dijo—. Ha sido un ligero dolorcillo…

Duke se fijó en el punto en que estaba la mano de la joven.

—Deberías ir a consultar con un buen médico —sugirió.

—Otro día —sonrió ella—. Ahora, tómate el café y no te preocupes de nada más.

* * *

Transcurrieron algunas semanas.

El asunto de las dos muertes empezaba ya a olvidarse. Duke trabajaba afanosamente en la redacción de sus libros. Todo parecía normal en Grand Palms.

El capitán Croxton, sin embargo, no había olvidado aquellos dos extraños sucesos, cuya solución no había logrado encontrar todavía. Una cosa era segura: en los pantanos no había el menor signo de radiactividad.

Lo cual, en su opinión, venía a complicar aún más las cosas.

Stella hizo dos buenas jugadas de Bolsa, en las que ganó un millón y medio de dólares. Algunos empezaron a fijarse en su riqueza.

Tab Snyder era uno de los que se quejaban de lo mal distribuido que estaba el dinero en este mundo.

—Esa fulana, *Golden Lady*, tiene billetes a espuertas.

No sé cómo se las arreglará, pero si yo tuviese la décima parte de su suerte, ahora sería

millonario.

—A mí me gustaría que fueses Stella Morbidson, pero no por el dinero: sino porque es una mujer guapísima —dijo Bob Mintus, conocido por el apodo de El Tiburón, debido a su voracidad.

—Tab es Tab y no *Golden Lady* —intervino Garry Schopke, el tercer miembro del trío—. Y, bien mirado, una mujer guapa es igual a otra mujer guapa, salvo en el dinero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Snyder.

—Es bien sencillo, Tab; si yo tuviese dinero, Stella Morbidson me importaría un rábano.

—Pero ella nos proporcionaría lo suficiente para conseguir otras mujeres —dijo Mintus.

—De buen grado, no nos dará un centavo.

—Oh, claro, ¿y quién piensa en un donativo hecho graciosamente? Yo estaba pensando en otra cosa, Tab.

—En lo mismo que yo.

—Y que yo.

Los tres rufianes se miraron mutuamente, con la sonrisa en los labios.

—Bueno, supongamos que la tenemos —dijo El Tiburón—. ¿Cómo le sacamos un millón para los tres?

—Millón y medio —dijo Schopke—. Así tocaríamos a quinientos mil por barba.

—Es preferible ser más moderados, porque, de este modo, tendremos algún dinero. Si pedimos demasiado, corremos el riesgo de no conseguirlo —alegó Snyder, sensato.

—¿Doscientos mil para cada uno? —apuntó Mintus.

—De acuerdo —aceptó Schopke.

—Bien, ahora es preciso discutir las condiciones del secuestro…

—Un momento —cortó Mintus—. Supongamos que tenemos a la fulana en nuestro poder. ¿Cómo conseguiremos la *pasta*?

—Su Banco, naturalmente.

—¿Y quién hará la entrega del dinero?

—Cualquiera. Bastará que lo deje en el lugar que le indiquemos.

—Eso está bien, pero, repito, es preciso planear el asunto, hasta el último detalle. Y, a propósito —dijo Snyder—, ¿dónde la tendremos, después de que la hayamos secuestrado?

—Yo conozco un sitio ideal. Está en medio de los pantanos y no hay nadie capaz de llegar allí, si no se sabe bien el camino. Hace años, vivía allí un cazador de caimanes, que vendía sus pieles, pero ya murió y su casa está solitaria y abandonada.

—¿Conoces tú el camino?

Schopke hizo un gesto de asentimiento.

—Aquel cazador de caimanes era mi tío, la única persona de la familia que he conocido —respondió—. Viví en la cabaña, diez o doce infernales años, hasta que, cuando tenía catorce, decidí que ya era suficiente y me largué. Lo sentí por el pobre viejo; en medio de todo, me quería muchísimo y me enseñó un montón de cosas. Pero vivir allí, cazando caimanes, no es perspectiva para un hombre.

—¿Has estado más veces en la cabaña?

—Sí, alguna vez. Mi tío sabía hacer las cosas bien y la cabaña resiste perfectamente.

—Tendremos que acumular víveres —sugirió Mintus.

—¿Cuándo empezamos? —dijo Schopke.

Snyder alzó una mano.

—Vamos a distribuirnos el trabajo —dijo, sensato—. Tú, Bob, te ocuparás de la vigilancia de Stella, en lo que nos relevaremos por turno. Yo me cuidaré de la compra de víveres. En cuanto a ti, Garry, convendría que te dieses una vueltecita por la cabaña y que reparases los posibles desperfectos que pueda haber en ella. ¿Entendido?

Las propuestas fueron aceptadas de inmediato. Cada uno de los miembros del trío pensaba, con fruición, en el golpe que les iba a reportar a cada uno doscientos mil dólares.

# CAPÍTULO VIII

—Ahora que lo recuerdo, y no sé cómo, porque lo tenía olvidado totalmente, ¿quieres enseñarme tu contrato con el demonio?

Stella sonrió.

—¿De veras crees que he hecho un pacto con el diablo? —preguntó.

—No, pero puesto que lo aseguras, he de pensar que dices la verdad.

La joven se puso en pie.

—Aguarda unos momentos y verás cómo no te he mentido —dijo.

Stella abandonó la sala, para volver minutos más tarde, con un papel enrollado, sujeto por una ancha cinta de seda negra, de la que pendía un grueso sello de lacre rojo.

Había en el sello una estrella de seis puntas, con unos signos cabalísticos en su interior. Duke le preguntó por el significado del grabado.

—Es el sello de Salomón. Según las historias, tenía pleno dominio sobre magos, brujos, trasgos y demonios —explicó Stella.

Duke se acercó el papel a la nariz.

—No, pues no huele a azufre —dijo, en tono de broma.

—La última vez que le vi, me ofreció fuego con su encendedor y sí olía un poco a azufre. Dijo que, a pesar de todo, no ha conseguido aún quitarse ese olor.

—Ah, de modo que ves al diablo.

—De vez en cuando. Ahora ya llevo semanas sin verle.

Duke hizo un gesto con la cabeza. Stella hablaba completamente en serio. «Era una inofensiva manía», pensó, cuando se casara y empezase a tener hijos, se olvidaría por completo de aquella chifladura.

Desenrolló el papel. Sus ojos recorrieron el contrato, redactado en una hermosa letra gótica.

—¡Qué bien escribe tu demonio! —dijo, jovialmente.

—Pero, sobre todo, rápido. Yo me quedé asombrada mando vi la velocidad con que movía la pluma. Claro que un demonio puede hacer cosas que nos están vedadas a los mortales.

Por otra parte, el contrato estaba redactado de una forma sencilla y muy expresiva:

> *Por la presente, yo, Stella Janis Thomas Morbidson, establezco el pacto de vender mi alma, el día que muera, al diablo llamado Leonard. A cambio de ello, Leonard se compromete a proporcionarme las riquezas que yo desee.*
>
> *Firmado en Grand Palms, a doce de abril de mil novecientos setenta.*

—No está firmado con sangre —dijo Duke.

—Bueno, eso ya no se estila ahora. Los diablos también se modernizan.

—Sí, puede ser —Duke enrolló el documento, de nuevo—. Guárdalo, es muy curioso.

Y en su fuero interno, pensó que a Stella le convenían unas cuantas sesiones con un psiquiatra, para quitarse de la cabeza todas aquellas tonterías.

—Oye, he visto que en el contrato te falta una cosa —dijo, de pronto.

—¿Sí? ¿Qué es, Duke?

—El amor. Ahí sólo se habla de dinero…

Ella le dirigió una mirada cargada de intención.

—Leonard dice que para el alma sólo hay un precio. Yo pedí dinero y dinero me dio. Cuando le pedí amor me contestó que no tenía dos almas que vender.

—¡Oh, comprendo!

Stella terminó de enrollar el documento, ató la cinta y luego se dirigió a la estancia contigua. Duke la contempló mientras se alejaba, vestida con singular elegancia, haciendo flotar, al caminar, el vestido, compuesto por varias docenas de metros de finísimo tul azul claro.

Pensativo, encendió un cigarro. La casa se hallaba en silencio y la servidumbre, que ya no era necesaria estaba en su pabellón, situado en la parte opuesta del edificio.

Transcurrieron unos minutos. Duke terminó el cigarrillo y aplastó la punta contra un cenicero. Alargó la mano y cogió una revista, para entretener la espera.

Quince minutos más tarde, Stella no había vuelto aún.

Duke empezó a alarmarse. Aquella tardanza no le parecía natural.

Intrigado y también un poco aprensivo, se puso en pie. El silencio era total.

Duke se acercó a la puerta del cuarto en que había entrado Stella y que era como un despacho, donde ella contestaba su correspondencia y despachaba sus asuntos de negocios. Llamó con los nudillos, pero la joven no contestó.

Abrió la puerta. El cuarto estaba vacío.

Era imposible que se hubiera ido a otra habitación, porque la estancia no disponía más que de una puerta. Pero la ventana estaba abierta de par en par.

Algo ondeaba al aire, sujeto al antepecho. Era un trozo de gasa azulada, arrancada del vestido de Stella, al ser obligada a salir por la ventana.

En un instante, Duke comprendió la amarga verdad: Stella había sido raptada.

* * *

—Cálmate, Duke —rogó el capitán Croxton—. Ella estará ahora muy asustada, pero no corre el menor peligro.

—La han secuestrado…

Croxton miró a su amigo con expresión un tanto irónica.

—La aprecias mucho, ¿verdad?

—Crecimos juntos, Rusty. Stella y yo somos amigos desde la niñez, aunque yo le pase cinco o seis años. Pero vivíamos en casas vecinas y…

—Está bien, está bien, te comprendo fácilmente. Sin embargo, no debes temer por su suerte, aunque sí por su cuenta corriente.

—¿Supones que pedirán rescate?

—Duke, Stella es ahora una mujer que tiene mucho dinero. Se reveló hace dos o tres años como una competente mujer de negocios y ganó millones. Todo legal, nada de trampa, por supuesto. Lo que me extraña es que este secuestro no se haya producido antes, la verdad.

Duke asintió. Su amigo tenía razón.

Miró a los policías que iban y venían por todas partes, buscando posibles huellas para

encontrar a los secuestradores. Otros se ocupaban de interrogar a la servidumbre.

Pero Duke se sentía decepcionado; habían pasado ya varias horas desde que se produjera el secuestro y no había aún la menor pista.

Un policía entró, de pronto, con un papel en la mano.

—¿Capitán? —llamó.

Croxton se volvió.

—¿Alguna novedad, Sanders?

—Sí, señor; esta carta, dirigida al director del Bradden Bank. El señor Luthens dice que la secretaria se la encontró en el buzón particular, esta mañana, al entrar a trabajar. Inmediatamente, llamó a Jefatura y…

Croxton se apoderó de la carta. Por encima de su hombro, Duke leyó:

> *Prepare 600.000$ en billetes de uno, dos y cinco, viejos y sin numeración correlativa. Puede dar cuenta a la policía si gusta; no nos encontrarán, por mucho que busquen. Otra carta le indicará dónde, cuándo y cómo dejar el dinero. Y entonces sí tendrá que ser discreto, o Stella Morbidson morirá.*

El policía se volvió, al terminar la lectura.

—Confirmado: es un secuestro —dijo escuetamente.

—Piden mucho —murmuró Duke.

—Aún me parecen moderados. Pero, por ahora, que es lo más importante, Stella no va a sufrir ningún daño.

—En cambio, no dicen cuándo ha de entregárseles el dinero.

—No tienen prisa, lo que, en cierto modo, resulta lógico. Pero no te preocupes por ella; la traeremos a casa, sana y salva.

—Dile a Luthens que prepare el dinero. Stella es lo que importa.

—Sí, claro.

—Aguarda un momento.

Duke se apoderó de la carta y la estudió unos instantes. Se desprendía del papel un vago olor; un olor, que no se podía llamar perfume, pero que, sin embargo, le resultaba un tanto familiar. Croxton le estudiaba con curiosidad, como esperando sus reacciones.

Al fin, Duke devolvió la carta.

—Gracias, Rusty —dijo.

—¿Eso es todo? —Croxton parecía decepcionado.

—Sólo trataba de ver si conocía la letra. Me pareció familiar, pero estaba equivocado.

Croxton no quiso decir nada. Su amigo le mentía, pero prefería guardar silencio. Lo haría vigilar discretamente, porque tenía la seguridad de que Duke había sabido encontrar una pista.

La multitud de policías que había invadido la casa, empezó a dispersarse. Croxton se marchó también.

Casi en el mismo instante, un hombre de unos cincuenta años, bajo y regordete, llegó a la casa.

—Busco a la señorita Morbidson —dijo.

Duke escrutó el rostro del sujeto.

—No está —contestó.

—¡Oh, qué lástima! ¿Sabe si tardará mucho en regresar?

—No se lo puedo decir. ¿Quién es usted?

—Tinkler Bragmussen, doctor en Medicina y amigo de la señorita Morbidson.

—¿Bragmussen? —repitió Duke—. Su nombre me suena, doctor.

—Es posible que Stella le haya hablado de mí, señor…

—Barstow, Duke Barstow. Soy muy amigo de Stella y si tiene que decirle algo de importancia, puede confiármelo sin ningún reparo.

—Lo que yo tengo que hablar con ella, no es cosa que usted pueda solucionar, señor Barstow.

—Dinero, tal vez —adivinó el joven.

—Tal vez —contestó Bragmussen evasivamente—. Está bien, volveré en otro momento. Ha sido un placer, señor Barstow.

—Encantado, doctor.

Bragmussen se marchó. Duke se despidió de la doncella, a la que encargó que, en unión del resto de la servidumbre, tuviese la casa ordenada y en perfectas condiciones, en todo momento. Luego subió a su automóvil y emprendió el regreso a su casa.

Sentado en un sillón, cerró los ojos y empezó a pensar en dónde había percibido, tiempo atrás, aquel olor, que por ahora no podía identificar. Sabía que era una excelente pista para rescatar a Stella, pero, por el momento, le resultaba imposible hallar el dato esencial que le permitiese localizar con toda exactitud el foco de origen de aquel olor.

Había pasado la noche en vela y estaba muy fatigado. Poco a poco, se sintió invadido por una agradable languidez. De pronto, sin saber cómo, se quedó dormido. Estuvo durmiendo largo rato. Súbitamente, a media mañana, se despertó y casi lanzó un grito de alegría.

—¡Es como si lo hubiera consultado con la almohada! —exclamó.

Porque, de repente, había acudido a su memoria el lugar de donde procedía el olor que impregnaba la carta escrita por los secuestradores.

Y ahora, más tranquilo, se sintió seguro de rescatar a Stella. Pero antes de dar un paso, era preciso prepararlo todo, con objeto de no cometer errores que pudieran resultar funestos.

# CAPÍTULO IX

Garry Schopke entró en la cabaña, portador de dos pesadas latas, llenas de petróleo, que dejó junto a la entrada, a la vez que lanzaba un suspiro de alivio.

—Bueno, ya tenemos combustible para alumbrarnos —dijo satisfecho.

Snyder y Mintus jugaban a las cartas, a ambos lados de una mesa desvencijada.

—¿Dónde está la chica? —preguntó el recién llegado.

Mintus hizo un movimiento con la cabeza. Schopke cruzó la estancia y abrió una puerta que se veía al fondo.

Stella se hallaba tendida sobre un viejo camastro, atada de pies y manos. Ya se había recobrado del susto recibido al ser secuestrada y había recobrado la serenidad, sobre todo, al enterarse de que sus raptores no pensaban causarle el menor daño.

—Sólo queremos una parte del dinero que tiene usted —había dicho Snyder—. Y nos figuramos que prefiere conservar intacto su lindo pellejo, a conservar la *pasta*. Por eso no le pasará nada, si obedece nuestras instrucciones en todo momento.

Stella había prometido portarse bien. Pero, a pesar de todo, no la habían soltado.

—Me encuentro incómoda —se quejó, cuando vio a Schopke en la puerta del dormitorio.

—Lo siento, preciosa, pero ha de comprender…

—Estoy en la zona de pantanos. La desconozco por completo. ¿Temen que me escape?

—Hay serpientes y caimanes, y también escorpiones y arañas venenosas. No queremos que le pase nada.

—¿Por qué no me dejan, al menos, los pies libres? O las manos, tanto da…

Schopke se volvió hacia los otros dos.

—¿Qué os parece, muchachos? —consultó.

—No —dijo Snyder.

—Creo que no se morirá porque esté unos cuantos días atada de pies y manos —añadió Mintus.

—Ya lo ha oído —sonrió Schopke, vuelto de nuevo hacia la joven—. Aquí, las decisiones se toman por mayoría.

Stella calló. Schopke cerró la puerta y buscó en la alacena de los víveres.

—Creo que un trago nos vendría bien a los tres —dijo.

—La luz escasea ya —se quejó Mintus.

—Ahora encenderé los quinqués. Están casi vacíos y he de rellenar los depósitos.

Schopke preparó tres vasos. Luego se dedicó a la tarea de poner en condiciones las lámparas de petróleo, ya que la cabaña, debido a su situación, carecía de iluminación eléctrica.

Mientras tanto, Stella, tendida en la cama, pensaba en su amarga situación.

Recordaba vívidamente todos los momentos del secuestro. La irrupción silenciosa de dos hombres en su despacho, tapándole la boca antes de que pudiera lanzar un grito; el forcejeo que había seguido a continuación y luego el algodón empapado en narcótico que habían aplicado a su nariz, privándola del conocimiento, a los pocos instantes.

Ni siquiera había tenido tiempo de guardar el contrato establecido con Leonard. Recordaba

vagamente que el rollo de papel se le había caído al suelo, pero ahí terminaba su período consciente. Los nuevos recuerdos empezaban a partir del momento en que se despertó en el lugar en que ahora se encontraba.

El característico olor del pantano llegaba claramente hasta su pituitaria. Si pudiera quitarse las ligaduras… Aquellos secuestradores estaban muy equivocados; la habían llevado allí, ignorantes de ciertos acontecimientos ocurridos en su infancia y adolescencia; de otro modo, hubieran buscado otro sitio para esconderla.

Pero, por más que forcejeó, no pudo soltarse las cuerdas que la sujetaban con la suficiente holgura para no sufrir daño, aunque con la solidez necesaria para impedir que escapase. De pronto, vio algo que le hizo concebir esperanzas.

La cama en que estaba era muy vieja, de hierro, adornada con bolas de latón en los extremos. Una de las bolas, faltaba en los hierros de los pies y el metal de la pata, asomaba parcialmente mellado, por la parte superior.

Sin hacer ruido, se sentó y, poco a poco, se acercó a la barandilla inferior. Alargó las muñecas y empezó a frotar las cuerdas contra aquella rebaba metálica, dándose cuenta vagamente de que la luz del día se extinguía con rapidez.

Fuera, en la habitación principal, sonaron risas, pero Stella, en su ansia por escapar de allí, no prestó atención a los, sin duda, jocosos comentarios de sus secuestradores. De repente, sintió en el pecho un vivísimo dolor que la dejó, momentáneamente, sin respiración.

Fue como si hubieran aplicado una lanza de fuego a su costado izquierdo. El dolor la arrancó vivas lágrimas, aunque, dándose cuenta de la situación en que se hallaba, conservó la suficiente serenidad para evitar el instintivo grito que había estado a punto de lanzar, mordiéndose los labios casi hasta hacerles sangrar.

Al cabo de unos momentos, el dolor se alejó. Entonces, más tranquilizada, reanudó su tarea.

Mientras tanto, en la habitación contigua, ya alumbrada por dos quinqués, los secuestradores reían ruidosamente.

—¿De dónde has sacado ese documento? —preguntó Snyder.

—Oh, se le cayó al suelo cuando la estábamos narcotizando. Me entró curiosidad, pensando que podía ser algo de importancia, y me lo eché al bolsillo —contestó Mintus.

Schopke había desplegado el contrato y lo leía con infinita atención. Al terminar, meneó la cabeza.

—Está loca —dijo.

—Eso no puede ser verdad —gruñó Mintus.

Snyder se encogió de hombros.

—Como sea, ese papel no nos sirve de nada —dijo.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Lo rompo? —consultó Schopke.

Snyder no pudo contestar. Un extraño sonido se oyó, de pronto, en el exterior.

—¡Diablos, un caimán! —exclamó Mintus.

Schopke se puso en pie.

—Los caimanes rugen, o gruñen, o chillan, pero jamás hacen ruidos como ese que acaba de sonar —dijo, tajante.

* * *

Agachado tras unos arbustos, Duke contemplaba a prudente distancia la cabaña del viejo cazador de caimanes, en la que se veía luz a través de las ventanas.

Sonrió satisfecho. Sus presentimientos se habían cumplido. Los secuestradores habían cometido un tremendo error al no desimpregnarse del olor característico del pantano.

En las manos tenía una escopeta, cargada con gruesos perdigones. Llevaba media docena de cartuchos de repuesto y, además, su revólver. La escopeta podía resultarle útil si se topaba con alguna de las fieras que tanto abundaban en los pantanos.

Por el momento, sin embargo, no corría peligro. Pero debía esperar a que avanzase más la noche, a fin de que se relajase la vigilancia de los secuestradores. Estaba seguro de que había más de uno, y tendrían que descansar forzosamente. Contaba con que habría uno de vigilancia, pero los obstáculos serían menores, si atacaba de modo que las fuerzas estuviesen equilibradas.

También podía intentar llevarse a Stella, buscando el lugar en que se hallaba encerrada. Pero no podía explorar el terreno, mientras los bandidos estuviesen despiertos.

Relajando sus músculos, procurando evitar la tensión nerviosa, se dispuso a dejar pasar el tiempo. Era ya muy de noche, cuando, de súbito, oyó un sonido horripilante.

En la cabaña, Snyder se puso en pie, con la pistola en la mano. Por su parte, Stella suspendió unos momentos su tarea, para escuchar.

La cuerda estaba ya muy deshilachada, aunque todavía resistía sus esfuerzos por romperla. Dándose cuenta de que no podía perder tiempo, reanudó la tarea.

—Entonces, si no es un caimán, ¿qué diablos es? —preguntó Snyder.

Mintus y Schopke tenían también sus pistolas en la mano. Snyder agarró uno de los quinqués y se dirigió hacia la puerta.

—¡Abre, Bob! —ordenó.

Mintus obedeció. Snyder salió de la cabaña y dio unos cuantos pasos en el exterior, con el quinqué bien en alto, a fin de aumentar el campo iluminado.

Schopke, más precavido, se quedó en la cabaña, mientras Mintus seguía al otro. De repente, una sombra oscura se arrojó contra Snyder.

Se oyó un chillido horripilante. Snyder cayó al suelo, debajo del animal que le había atacado.

Mintus hizo fuego una vez. Entonces, sintió en el hombro izquierdo un terrible golpe.

Algo muy afilado rasgó su carne, arrancándole un enorme pedazo. El dolor hizo presa en Mintus, de cuya garganta brotó un espeluznante alarido. Lanzando chillidos de terror, Snyder se debatía bajo el animal del que era presa. Schopke creyóse bajo el influjo de una espantosa pesadilla.

No, aquellos animales no eran cosa de este mundo; eran algo irreal, fantástico… o existían aquellos gigantescos insectos, de potentísimas mandíbulas y afiladas tenazas, que rasgaban, cortaban y destrozaban la carne, para luego engullirla con indescriptible voracidad.

Pero lo más horrible de todo era que, en cierto modo, aquellos seres conservaban una parte de su figura humana. De súbito, Schopke se sintió atacado por un irrefrenable pánico y escapó, dando

gritos más propios de un demente que no de una persona sana.

Las bestias no hicieron nada por perseguirle y continuaron su macabro festín. Stella oyó los ruidos y sintió también un miedo espantoso, por lo que aceleró más su tarea de cortar las cuerdas. Mientras tanto, Duke, temeroso por la suerte de la muchacha, se lanzó a la carretera hacia la cabaña, a la vez que pronunciaba su nombre a voz en cuello.

Stella le oyó.

—¡Aquí, Duke, aquí! —gritó.

La lámpara que Snyder había sacado de la cabaña se había roto al caer al suelo y el petróleo se había inflamado, derramando una tétrica claridad sobre la escena. De repente, Duke oyó el tableteo de unas mandíbulas y vio que se alzaba ante él una masa oscura, enorme, voluminosa, de silueta ovalada, como si un colosal escarabajo se hubiera puesto en pie delante de él.

La escopeta que llevaba no era ningún adorno. Duke hizo fuego sin vacilar y dos nubes de gruesas bolas de plomo partieron ruidosamente al encuentro del blanco.

La bestia cayó de espaldas, agitando sus patas desesperadamente. Pero todavía estaba con vida y Duke, tras retroceder unos pasos, cargó el arma y disparó de nuevo.

El animal se quedó casi quieto. Libre el paso, Duke corrió hacia la cabaña.

Se acercaba a ella por la fachada posterior. Pero a la luz del petróleo que todavía ardía, pudo ver una escena fantástica, que le hizo dudar de la integridad de su mente.

Unas bestias enormes, semejantes a la que había derribado, se hallaban a su derecha, inmóviles, como si durmieran. A su alrededor, esparcidos, yacían los restos de los dos secuestradores.

De súbito, oyó de nuevo la voz de Stella:

—¡Duke! ¿Dónde estás?

El joven corrió hacia la cabaña.

—¡Stella! —llamó.

—¡Aquí! ¡Aquí! —contestó ella, ansiosamente.

Duke sacó una pequeña lámpara portátil y alumbró a través de la ventana. Vio a Stella desmelenada, con las ropas desgarradas y las muñecas llenas de sangre, sentada en el lecho, forcejeando todavía con las ligaduras, y comprendió su crítica situación.

A culatazos, destrozó la ventana. Luego saltó al interior y, dejando la linterna sobre una vieja consola, corrió hacia la muchacha.

Había llevado consigo navaja, con la que la soltó en unos instantes. Stella lanzó un gemido de alegría, al verse libre.

—Duke, te has acordado…

El joven asintió, sonriente. Luego dijo:

—Te sacaré por la ventana. No me atrevo a pasar por delante.

—Duke, ¿qué es lo que hay fuera? —preguntó Stella.

—Vale más que no lo veas.

Duke cargó con la muchacha y la izó a pulso. Stella apenas si podía caminar. Duke le entregó su revólver y la escopeta.

—Defiéndete, si es necesario —indicó.

—No te vayas…

—Volveré enseguida —prometió él.

Entró nuevamente y pasó al otro lado. Con gran cautela, se asomó a la puerta.

Las bestias seguían todavía en el mismo sitio. Duke divisó, de pronto, las dos latas de combustible traídas por Schopke aquella misma noche.

Una idea acudió a su mente. Destapó la primera lata, que contenía veinte litros de petróleo y, alzándola sobre su cabeza, la arrojó a lo lejos, con todas sus fuerzas.

Las fieras emitieron unos chasquidos de protesta. El recipiente cayó entre ambas, y el petróleo empezó a verterse inmediatamente. El de la primera lámpara se había consumido ya, por lo que Duke agarró la segunda y la arrojó hacia la lata.

Una vivísima llamarada se produjo en el acto.

Los chillidos de las bestias, eran horripilantes. Súbitamente, se produjo una tremenda explosión.

Duke se volvió, ya a distancia segura. Dos enormes masas negras se debatían en un mar de fuego, chillando horrorosamente. Parte del petróleo derramado por la explosión del recipiente había llegado hasta la cabaña, que también empezaba a arder.

A la luz del incendio, miró a Stella.

—¿Podrás caminar? —consultó.

La joven hizo un esfuerzo por sonreír.

—Lo intentaré, Duke —contestó.

Emprendieron la marcha. Momentos más tarde, llegaban al lugar donde yacía el gigantesco coleóptero. Al cruzar frente a él, no pudieron evitar un estremecimiento de horror.

Mientras caminaban a través del pantano, Duke pensó que durante mucho tiempo conservaría en la nariz el horrible hedor de aquellos animales consumidos por el fuego.

Una vez se volvió, cuando ya se hallaban a varios cientos de metros de la cabaña. Las llamas se alzaban por encima de las copas de los árboles y a Duke le pareció que el calor del fuego purificaría aquel ambiente infernal.

# CAPÍTULO X

—Pero no entiendo cómo pudiste identificar el lugar donde la tenían secuestrada —dijo el capitán Croxton.

Duke sonrió. Recostada sobre una pila de almohadones, en su propia cama, Stella tomaba un sustancioso tazón de caldo, servido momentos antes por Magnolia. En sus muñecas se veían las vendas con las que protegía los cortes que se había causado al intentar liberarse de las ligaduras.

—La carta de petición de dinero despedía un olor *sui generis* —contestó Duke—. Me costó mucho identificarlo, pero al fin recordé que ese olor sólo se daba en el pantano.

—Yo no capté ningún olor —gruñó Croxton.

—Fumas en pipa —rió Duke—. Eso siempre atenúa el sentido del olfato.

—Está bien, sigue. ¿Cómo fuiste capaz de atravesar los pantanos, cuando en Grand Palms apenas hay media docena de personas que sepan hacerlo?

—Cuando era pequeño, y también ya adolescente, me conocía el pantano como pocos. Iba mucho por allí y el viejo Schopke no sólo me enseñó un gran número de cosas útiles, sino también el camino más seguro para llegar a su cabaña, sin temor a hundirme en algún charco de cieno. También aprendí a distinguir los rastros de los distintos animales salvajes que moran en aquella zona. Todo eso, como comprenderás, me resultó muy útil a la hora de rescatar a Stella.

—Al menos, podías haber avisado…

—No quería poner en peligro a ninguno de tus agentes y, mucho menos, arriesgar la vida de Stella. Era cosa de un hombre solo, que conociese bien el terreno —explicó Duke.

—En cuanto a mí, si él no hubiera venido a rescatarme, también habría sabido salir de allí. En mi niñez, Duke me llevó infinidad de veces a la cabaña del viejo cazador de caimanes. Para mí, la conversación del señor Schopke resultaba fascinante —manifestó Stella.

—En resumen, todo ha quedado en el susto —sonrió Croxton.

—Por fortuna —concordó Duke.

—Pero él se lo jugó todo para salvarme —añadió ella.

—En tal caso, cuando le pida la mano, usted, rebosante de gratitud, le dirá que sí en el acto —exclamó Croxton, jovialmente.

—No quiere casarse conmigo —se lamentó la joven.

Duke emitió un bufido de disgusto.

—Me parece que no estamos aquí para hablar de bodas —dijo—. ¿Qué hay del forajido que escapó, Rusty?

—¡Ah! ¡Garry Schopke, el sobrino del viejo cazador! Bueno, lo encontraron unos patrulleros de un modo que daba pena, contando unas historias fantásticas sobre insectos gigantes, carnívoros… Ahora está en la sección de Psiquiatría del Hospital Municipal. Un caso perdido.

—Me parece que, como secuestrador, no se puede decir que sea de lo más distinguido.

—Un trabajo muy chapucero —calificó Croxton, mordazmente—. Pero quizá con otra persona, hubiera dado resultado. Lo que pasa es que se encontró con dos conocedores de la región de los pantanos.

—Iré a verle cuando esté repuesto —prometió Duke.

—Por mi parte, no pienso formular ninguna acusación —declaró Stella.

—Lo siento, pero éste es un delito que se persigue oficialmente, aunque la víctima renuncie a dar parte. Schopke tendrá que responder por lo que hizo —dijo Croxton, quien se despidió de inmediato.

Duke y Stella se quedaron a solas. Ella sonrió.

—Nunca olvidaré lo que hiciste por mí, querido —dijo con dulzura.

—Nos conocemos desde la infancia. Tenía que intentar salvarte, a toda costa —respondió él—. Y ahora, te dejo; no quiero molestarte más y necesitas mucho descanso.

Stella contestó con otra sonrisa. De pronto, su boca se torció en una mueca de dolor.

—¿Te pasa algo? —preguntó Duke, alarmado.

—No es nada… Cuando esté buena tendré que ir al médico; desde el día en que nos atracaron, siento, a veces, un dolor en la región donde la bala me golpeó sin fuerza. Creo que se trata de un músculo pectoral fuera de sitio y un buen especialista lo resolverá.

—Sí, seguro. Cuídate, preciosa.

Duke se marchó. Stella cerró los ojos, al quedarse sola.

El dolor, con distintas alternativas, persistía, sordo y latente, a la altura de la cuarta costilla, hacia el centro del pecho. Stella empezaba a temer lo peor con respecto a aquellos síntomas que, aun siendo todavía leves, en lugar de desaparecer, se acentuaban día a día.

* * *

Pasaron unos minutos. De pronto, Stella presintió que no estaba sola y abrió los ojos.

Leonard se hallaba en pie, cerca de la cama, con su indumentaria habitual, apoyado en su inevitable bastón.

—Has pasado un susto de los gordos, creo —dijo.

—Bastante fuerte, es verdad —confesó ella—. Pero alguien me salvó de una muerte horrible.

—El hombre que no quiere casarse contigo.

—Un día u otro cederá.

—Es posible —dijo Leonard, escéptico—. Vengo a proponerte otro excelente negocio.

—Leo, no quiero más dinero.

El hombre de la capa forrada de rojo arqueó las cejas.

—¿Es posible? —exclamó, irónico.

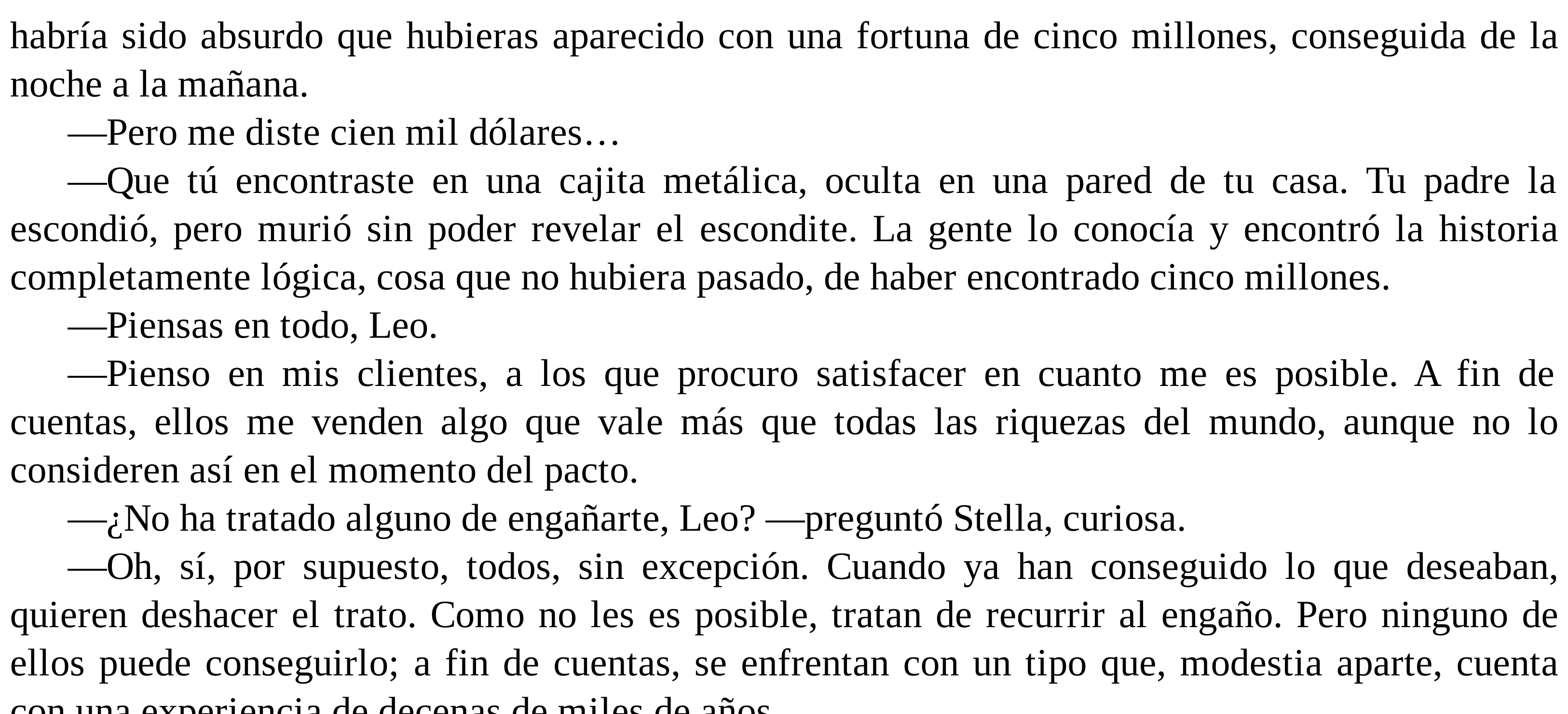
—Como lo oyes. Sólo quiero una cosa y el dinero no me importa en absoluto.

—Lo siento, preciosa, porque para conseguir lo que ambicionas, tendrás que arreglártelas por ti misma. Mi ayuda no cabe en absoluto.

—Podemos rehacer el trato…

Leonard meneó la cabeza negativamente.

—Éste es un negocio que sólo se hace una vez en la vida y por una sola causa. Me refiero a los mortales, naturalmente; yo siempre ando por ahí comprando almas a cambio de algo. Pero el que me la vende, sólo recibe lo que pide; poniendo algo de esfuerzo de su parte, naturalmente. Hay que hacer las cosas de modo que parezcan lógicas. Tú no tenías un centavo cuando nos conocimos y



habría sido absurdo que hubieras aparecido con una fortuna de cinco millones, conseguida de la noche a la mañana.

—Pero me diste cien mil dólares…

—Que tú encontraste en una cajita metálica, oculta en una pared de tu casa. Tu padre la escondió, pero murió sin poder revelar el escondite. La gente lo conocía y encontró la historia completamente lógica, cosa que no hubiera pasado, de haber encontrado cinco millones.

—Piensas en todo, Leo.

—Pienso en mis clientes, a los que procuro satisfacer en cuanto me es posible. A fin de cuentas, ellos me venden algo que vale más que todas las riquezas del mundo, aunque no lo consideren así en el momento del pacto.

—¿No ha tratado alguno de engañarte, Leo? —preguntó Stella, curiosa.

—Oh, sí, por supuesto, todos, sin excepción. Cuando ya han conseguido lo que deseaban, quieren deshacer el trato. Como no les es posible, tratan de recurrir al engaño. Pero ninguno de ellos puede conseguirlo; a fin de cuentas, se enfrentan con un tipo que, modestia aparte, cuenta con una experiencia de decenas de miles de años.

—Eres un poco viejo, Leo —comentó ella, irónicamente.

—En los años de vuestro tiempo, sí; en los nuestros, apenas si ha pasado un segundo desde que fuimos arrojados de lo alto, a las tinieblas eternas. Ya conoces la historia, ¿no?

Stella hizo un gesto de asentimiento.

—Volviendo a lo nuestro, Leo —dijo—. No quiero más dinero.

Leonard se encogió de hombros.

—Eso no resolverá tu problema. Un trato es un trato y tú lo firmaste y lo aceptaste con pleno conocimiento de lo que hacías.

—No rehúso mi responsabilidad. De todas formas, si un día cambias de opinión, ya sabes que estoy dispuesta a hacer el cambio: perderé todo el dinero por Duke Barstow.

—Es una decisión que te honra, pero a la que no puedo acceder. Te digo a ti, lo mismo que he dicho a otros muchos en tus circunstancias.

—Está bien, no insistiré, pero no quiero ningún *soplo* de los tuyos.

Leonard soltó una risita.

—Eres bien distinta de otro de mis clientes —dijo—. Ése daría cualquier cosa por uno de mis *soplos*, pero, como tú, hicimos un pacto y no podemos cambiarlo.

—¿Quién es, Leo? —preguntó Stella, curiosa.

—Lo siento. Nunca doy a otros los nombres de mis clientes, aunque lo que éste me pidió fue sabiduría y yo se la concedí. Pero parece que ha orientado mal sus conocimientos y ahora quiere rectificar.

—Estará construyendo alguna superbomba atómica.

—Algo peor, mucho peor, pero no puedo ser más explícito. Bien, si ya no quieres más dinero, tardaremos mucho en vernos de nuevo. Quizá hasta el día en que me presente a recoger tu alma. Adiós, Stella.

La joven sintió que una fuerza irresistible le cerraba los ojos, como si le hubiesen entrado, de repente, deseos de dormir. Siempre le pasaba lo mismo cuando la visitaba Leonard. Un cuarto de

hora después, pudo abrir los ojos. Leonard había desaparecido.

Y el dolor se había presentado de nuevo.

* * *

Delante del espejo, Stella se arreglaba el sombrerito con que completaba su tocado. Duke presenciaba la operación, sentado en una butaca.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Tengo hora fijada, para una entrevista con el doctor Westmund. Voy a hacerme un reconocimiento a fondo.

—Todavía continúa el dolor muscular, ¿eh?

—Sí, Duke. Quiero que me cure de una vez; a veces, el dolor, aun no siendo muy persistente, me pone nerviosa y me impide dormir buena parte de la noche. Deseo curarme definitivamente, ¿comprendes?

—Un deseo muy lógico —aprobó él—. Por cierto, y ahora que mencionas a un doctor… El día en que te secuestraron vino a verte el doctor Bragmussen. Me parece habértelo oído mencionar en cierta ocasión…

—Es verdad —sonrió Stella—. Bragmussen fue buen amigo de mi padre y yo sufrago parte de sus investigaciones. Te lo dije hace tiempo, creo.

—Sí, desde luego.

Stella tomó el bolso y los guantes y se volvió, radiante de belleza.

—¿Qué te parezco? —preguntó.

—Arrebatadora —contestó él sin vacilar.

Stella se le acercó y le golpeó en la cara con los guantes, muy suavemente.

—Palabras, muchas, pero hechos, pocos. Ninguno, para ser más exactos —dijo, intencionadamente.

—No es tiempo aún de pasar a los hechos —contestó Duke, con no menor ironía en la voz.

Salieron juntos. El chófer negro mantenía abierta la portezuela del Rolls.

—Te llevo a la ciudad —dijo Stella.

—Gracias, pero tengo mi coche. Además, yo he de hacer otra cosa muy distinta.

—¿Puedo enterarme, Duke?

—Sí, claro. Voy a hablar con Garry Schopke.

Los ojos de la joven se ensombrecieron.

—No quiero recordar aquella horrible noche —dijo.

Y se metió dentro del auto. El chófer cerró, y corrió a ocupar su puesto tras el volante.

Duke contempló la partida del lujoso automóvil, silbando tenuemente con las manos en los bolsillos. Al cabo de unos segundos, subió a su coche y arrancó en dirección a Grand Palms.

Media hora más tarde, estaba en presencia del único secuestrador vivo.

# CAPÍTULO XI

Garry Schopke compareció, vestido con una blusa blanca, cerrada, sin bolsillos, y pantalones del mismo color y tejido. Tenía el pelo cortado casi al rape y aparecía pálido y con las mejillas hundidas.

—Señor Barstow…

Duke le dio un cigarrillo. Luego observó al forajido mientras le ofrecía la llama del encendedor.

—¿Tranquilo, Garry? —preguntó, al cabo de unos segundos.

—Un poco más, sí, señor, pero será difícil que olvide lo que pasó aquella espantosa noche… A veces, me despierto con pesadillas…

—Es comprensible, si se tiene en cuenta las cosas tan horribles que viste. Pero yo quería hacerte algunas preguntas, si no encuentras inconveniente en contestarme.

—Ninguno, señor Barstow. ¿De qué se trata?

—En primer lugar, ¿cuánto tiempo hacía que no ibas por la cabaña de tu tío?

—¡Oh! Hace muchos años… En realidad, detestaba aquel lugar. No lo pasé muy bien cuando era pequeño, ¿comprende?

Duke asintió. La cabaña de los pantanos era un lugar para ir de visita algunas veces al año, no para vivir continuamente en ella. Conocía la historia de Schopke y casi sentía simpatía por el individuo.

—Entonces… ¿nunca viste unos animales como aquéllos, cuando vivías en la cabaña? —preguntó.

—¡Oh, no! ¡Jamás…! Conozco bien los pantanos y sé la clase de animales con los que una persona se puede encontrar… Pero aquellas fieras, los chasquidos de sus mandíbulas y sus garras…

Schopke se estremeció fuertemente. Duke trató de calmarlo.

—Tranquilízate, Garry; procura no alterarte —aconsejó—. La señorita Stella ha dicho que no quiere presentar ninguna acusación contra ti y, aunque el capitán Croxton asegura que el cargo de secuestro subsiste, yo hablaré con ella para que te busque un buen abogado. Con una condición, Garry.

—Sí, señor, lo que usted quiera…

Duke se inclinó hacia adelante y miró fijamente a su interlocutor.

—No hables con nadie más, de lo que viste en los pantanos —pidió—. Si alguien te lo recuerda, di que habíais bebido mucho y que, posiblemente, el alcohol te hizo ver y decir cosas que no son reales. ¿Entendido?

Schopke hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, señor, así lo declararé, a partir de este momento —accedió.

Duke abandonó el hospital. Caminó a pie un rato y se detuvo a comprar el diario de la tarde, el *Grand Palms Sentinel*. Un poco más adelante, encontró una cafetería y entró para tomarse una taza de café.

Un artículo llamó especialmente su atención. El periodista mencionaba la espectacular baja en

la delincuencia que se había producido últimamente en la ciudad y lo achacaba, en especial, a la acertada actuación del capitán Croxton y los hombres a sus órdenes.

Cuando terminaba de leer el artículo, sintió que le daban una palmada en la espalda.

Se volvió. Era Croxton.

—¡Hola, gran hombre! —dijo—. Felicidades por lo que acabo de leer —añadió, tendiéndole el diario.

Croxton lo rechazó, con ademán displicente.

—No es verdad —contestó—. Por lo menos, no dice toda la verdad.

Y movió una mano para llamar la atención del *barman* y pedirle una taza de café.

—Oye, no me dirás que esto se lo ha inventado el articulista —exclamó Duke, sorprendido por la respuesta de su amigo.

—Ya he dicho que no dice toda la verdad. La delincuencia no ha disminuido en Grand Palms solamente por lo que hayamos podido hacer yo y mis hombres, sino porque, diciéndolo con toda franqueza, buena parte de los delincuentes han desaparecido.

—Se habrán marchado temiendo el peso de la ley —opinó Duke.

Croxton hizo un gesto negativo.

—Había algunos que no temían ni a Dios ni a diablo —dijo—. Y poseían suculentos negocios legales, los cuales no tenían razón alguna para abandonar súbitamente, sin dejar el menor rastro. Diríase que se los ha tragado la tierra… pero eso es imposible, como puedes comprender.

—Entonces, ¿qué diablos pasa, Rusty?

—No sé. —El policía parecía muy preocupado—. Yo diría que se trata de alguna organización ciudadana, de carácter supersecreto, que elimina a los criminales por procedimientos completamente al margen de la ley. Y si eso es cierto, entonces no cabe duda de que saben guardar muy bien el secreto y que va a resultar muy difícil averiguar adónde fueron a parar los cadáveres de sus víctimas.

Croxton apuró su taza de café. Luego, encendió el cigarrillo que le daba su amigo.

—Te diré otra cosa, con carácter absolutamente confidencial —añadió—: A pesar de lo que aparentaban, he logrado averiguar que tanto Tillsdale como Patterson estaban en contacto con un potente *gang* que campaba por sus respetos en Grand Palms. Ofrecían la apariencia de unos buenos ciudadanos, conscientes y cumplidores de sus deberes cívicos, pero, bajo esa falsa fachada, eran unos forajidos sin conciencia…

* * *

El doctor Westmund contempló al trasluz la radiografía de la paciente que aguardaba en un sillón cercano y observó el círculo más oscuro que aparecía en el tórax. Un gesto de preocupación se dibujó, inmediatamente, en el rostro del galeno.

La radiografía era de perfil. Otra, de frente, corroboraba el diagnóstico de la primera.

Westmund apagó la luz y dejó las radiografías a un lado. Hizo girar el taburete en que estaba sentado y se puso en pie.

—¿Y bien, doctor? —dijo Stella.

—Venga dentro de dos días. La someteremos a una serie de análisis, antes de que pueda emitir un diagnóstico completo de su dolencia.

Stella vio sombras en la cara del médico y se alarmó.

—¿Es muy grave? —preguntó.

—No se puede hablar de gravedad, cuando el mal no se ha extendido todavía. Pero una de las pruebas que hemos de hacer, consiste en una biopsia, es decir, debemos tomar una muestra de los tejidos supuestamente afectados por el mal. Ese análisis confirmará o desechará el primer diagnóstico.

—¿Y si se confirma?

—Hay un recurso, seguro y eficaz.

—El quirófano —adivinó Stella.

Westmund asintió. Stella ya no quiso seguir haciendo preguntas. Muy deprimida, se volvió a casa, presintiendo que había adquirido una terrible enfermedad.

Mientras tanto, el doctor Westmund examinaba las radiografías con gesto pesaroso. Nunca había visto un nódulo tan grande, sobre todo, teniendo en cuenta el poco tiempo que había costado su formación.

Terriblemente pesimista, dejó las radiografías, sin haberlas concedido más que una rápida mirada. En otro momento haría un examen más a fondo, pero, o mucho se equivocaba, o la encantadora joven que acababa de salir de su consultorio estaba condenada a muerte.

Entre tanto, Stella regresaba a su casa. Al entrar, se encontró con una visita inesperada.

—¡Doctor Bragmussen! —exclamó.

—¿Qué tal, Stella? —Sonrió el científico—. He venido en varias ocasiones a verla, pero…

—Dispénseme, doctor; pero no pude estar presente, para atenderle cómo habría sido mi gusto. Necesita dinero, me imagino.

—Lamento tener que venir a verla para pedirle algo que me es indispensable para continuar mis experimentos, pero…

—No se preocupe, doctor —sonrió Stella—. Venga a mí despacho; le haré un cheque por doscientos mil.

—¡Doscientos mil! —Se asombró Bragmussen.

—¿Para qué quiero el dinero, si no es para procurar el bien de la Humanidad? —contestó ella tristemente, mientras se sentaba detrás de la mesa de trabajo—. Estoy condenada a muerte, doctor.

Bragmussen respingó.

—Pero, Stella… ¿Qué está diciendo? Usted, tan joven y tan atractiva…

—Y podrida por dentro —dijo ella, sin el menor empacho—. He podido verlo en la cara del doctor Westmund. Pero mañana me hará una biopsia. Usted sabe lo que esto significa, ¿no?

—Lo sé perfectamente, pero usted habrá de permitirme que haga algo por usted, como agradecimiento a su filantropía. Stella, usted ya sabe cuáles son los experimentos a los que me dedico.

—Rejuvenecimiento físico y cosas así.

—He logrado éxitos sensacionales. ¿Por qué no se viene a mí clínica para someterse, una temporada, a una serie de sesiones de cura?

Stella se sintió repentinamente interesada por la proposición.

—¿Hay probabilidades de éxito? —consultó.

—En un elevado porcentaje. A usted no la podré hacer más joven de lo que ya es, ni tampoco le hace falta, pero mi tratamiento influirá decisivamente en la degeneración de las células que ocasionan su dolencia, degeneración que, en definitiva, no es sino envejecimiento.

—Y rejuveneciéndolas, sanarán y el tumor desaparecerá.

Bragmussen hizo un gesto de asentimiento. Llena de alegría, Stella se puso a escribir.

Instantes después, entregaba un cheque a su visitante.

—Cielos, pero esto es demasiado, Stella…

—Lo que hace usted no merece menos —contestó la joven, sin importarle en absoluto haber firmado un cheque por valor de medio millón de dólares, en lugar de los doscientos mil prometidos—. ¿Cuándo partimos hacia su clínica, doctor? —preguntó, ansiosa.

—¿Puede esperar solamente hasta mañana a mediodía? He de arreglar algunos asuntos indispensables en la ciudad y necesito ese tiempo.

—No hay inconveniente, doctor —aceptó Stella, olvidada momentáneamente de que debía volver a entrevistarse con el doctor Westmund.

—Pero le pediré un favor muy especial: no divulgue a nadie, no solamente lo que va a hacer, sino tampoco el lugar adónde va a ir.

—Completamente de acuerdo, doctor.

* * *

La enfermera que atendía a los pacientes del doctor Westmund se asomó a la puerta y dijo:

—Doctor, la señorita Morbidson no ha llegado todavía.

—Bien, haga pasar al siguiente.

—Sí, doctor.

Pero la consulta acabó, sin que Stella hubiera hecho acto de presencia. Westmund, pensando que la joven tal vez viniese más tarde, decidió esperar un poco más todavía.

Para entretenerse, examinó las radiografías, ahora con mayor detenimiento. De súbito, divisó algo que le hizo fruncir el ceño.

—¿Cómo es posible que no me hubiera fijado antes? —se preguntó.

La radiografía que tenía ante sí, era la tomada de frente. Examinó la otra, pero los detalles, precisamente por el espesor del cuerpo que los rayos X habían debido atravesar, eran mucho menores que en la primera.

Volvió a ésta. A medida que transcurrían los segundos, sentía que su frente se inundaba de un sudor frío.

—Dios mío… esto es horrible —murmuró—. Debo operarla sin la menor tardanza… Esa mujer lleva algo espantoso dentro de su cuerpo y no lo sabe…

Buscó en su agenda telefónica y llamó a Stella. Una voz femenina le informó que la joven había partido la víspera con rumbo desconocido, y que no se sabía cuándo regresaría a la ciudad.

Los dedos de Westmund tabalearon un momento sobre la mesa. Buscaba una solución para el

acuciante problema que se le había planteado, de súbito, y no tardó en encontrarla.

Inmediatamente, llamó a la Jefatura de Policía.

—Por favor, quiero hablar inmediatamente con el capitán Croxton —solicitó. Dio su nombre y añadió—: Es muy urgente.

# CAPÍTULO XII

Llamaron a la puerta. Duke estaba entretenido con la lectura de un libro, en el que estaba consultando algunos datos, y se levantó a abrir.

La llamada le extrañó, dada la hora; más de las once de la noche. Pero más le extrañó la presencia de su amigo Rusty Croxton, junto con un hombre de mediana edad, que le pareció vagamente conocido.

—Perdona que te molestemos a estas horas, Duke —se disculpó el policía—. ¿Conoces al doctor Westmund?

—He oído su nombre —reconoció Duke—. ¿Cómo está, doctor?

—Encantado de saludarle, señor Barstow. He recurrido al capitán Croxton, porque él me ha dicho que usted es muy amigo de la señorita Morbidson.

—Así es… pero entren, por favor. ¿Quieren tomar algo? —Invitó el dueño de la casa.

—Duke, esto no se trata de una visita de sociedad —dijo Croxton—. Se trata de algo mucho más grave.

—¿Qué le pasa a Stella? ¿Le ha sucedido algo malo?

Croxton se volvió hacia su acompañante.

—¿Doctor?

—He estado tratando de localizar a Stella, pero en su casa me han dicho que ha salido con rumbo desconocido. El capitán Croxton sugirió que usted tal vez supiera algo…

—No, en absoluto; las últimas noticias que tengo son, precisamente, que iba a visitarle a usted para ver si le podía curar ese músculo dañado, del pecho.

—No hay tal músculo dañado; ni siquiera un tumor maligno, como yo había sospechado en un principio. Es algo infinitamente peor, horrible, espantoso…

Duke se puso pálido.

—Doctor, hable claro de una vez —pidió.

Westmund había llevado consigo una gran carpeta de cartón. La abrió y sacó de su interior una radiografía, que colocó ante la luz que emitía una lámpara de sobremesa.

—Vea, señor Barstow —indicó—. En la carne de la señorita Morbidson hay enquistado un animal de especie desconocida y, a juzgar por lo que sospecho, acabará creciendo lo suficiente para devorarla viva, si antes no la encontramos, y extirpamos quirúrgicamente esa bestia desconocida.

Duke se mareó al ver el espantoso animal que se divisaba en la radiografía, una especie de diminuta serpiente, enrollada sobre sí misma y cuya longitud, sin grandes dificultades, podía calcularse en unos doce o quince centímetros.

—De alguna manera, el animal penetró en el cuerpo de Stella y se enquistó. Luego fue creciendo, pero el organismo fabricó sus defensas y formó un nódulo protector en torno al invasor. Sin embargo, éste sigue creciendo y llegará un momento en que sea tan fuerte como para romper la cáscara protectora que ahora lo rodea. Entonces, crecerá velocísimamente —casi se podría contemplar a simple vista, si ello fuera posible—, y alcanzará algún punto vital de la señorita Morbidson. Entonces, ella morirá.

Duke se tambaleó. Cruzó la estancia y abrió una botella. La mano le temblaba perceptiblemente y tuvo que ser Croxton el que llenase tres copas.

El joven despachó su copa de un solo trago.

—Pero ¿cómo ha podido suceder una cosa semejante? —exclamó—. Stella fue siempre una mujer sana, con una ascendencia que poseía una salud maravillosa…

—Ese animal ha entrado en el cuerpo de Stella procedente del exterior, aunque yo no comprendo tampoco cómo ha podido ocurrir —contestó Westmund—. Lo que le sucede a Stella, no tiene nada que ver con la herencia genética ni con su estado de salud anterior.

Duke volvió a examinar la radiografía.

—No sé —dijo—, pero juraría que esta cosa se encuentra en el punto donde le golpeó la bala, después de atravesar su brazo, el día en que nos robaron.

—La bala no penetró en su cuerpo, sólo le causó un fuerte hematoma, erosionándole apenas la piel —recordó Croxton.

—El origen de la dolencia de Stella importa poco, ahora —intervino el galeno—. Lo que interesa es conocer su paradero y, por desgracia, su misma doncella lo ignora.

—Hemos hablado con toda la servidumbre —manifestó Croxton—. La única que sabe algo es Magnolia y dice que en estos días no ha recibido ninguna visita sospechosa, salvo al doctor Bragmussen.

—¡Bragmussen! —repitió el joven.

Y, de repente, un fogonazo de luz iluminó su mente.

—Aguarden un momento, por favor —pidió.

Corrió al teléfono y marcó el número de Stella. Magnolia se puso al aparato; Duke reconoció su voz de inmediato.

—Magnolia, ¿qué hizo ayer la señorita, después de haber recibido al doctor Bragmussen? —preguntó.

—Pues… verá… primero vino muy abatida, llena de tristeza… Luego se encerró en su despacho con el doctor y estuvieron hablando durante un buen rato. Al cabo, el doctor se marchó. Después la vi a ella muy contenta, olvidada incluso de los dolores que tenía estos días… Hasta la oí cantar… Y seguía tan alegre cuando se marchó, sola, en el coche pequeño que utiliza cuando no necesita a Stanley, el chófer…

—Muchas gracias, Magnolia, eso es todo.

Duke colgó el teléfono y se volvió hacia los dos visitantes.

—Bien, lo que resta es cosa tuya, Rusty —dijo—. Ahora sólo tienes que desplegar a tu fuerza para encontrar la clínica de rejuvenecimiento del doctor Bragmussen, la misma en que se internó Harry Tillsdale, en lugar de irse de viaje de negocios, como aseguró a su esposa.

Pero, de pronto, Duke recordó el aspecto que tenía Tillsdale la última vez que le vio y, pensando en que a Stella pudiera sucederle algo por el estilo, se le pusieron los pelos de punta.

* * *

—Garry, ¿ha oído hablar usted alguna vez de la clínica del doctor Bragmussen?

Schopke miró con sorpresa a su visitante.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó.

—Un fulano… Bueno, dice que se dedica a rejuvenecer a la gente… Pensé que tú podrías saber algo y por eso he venido a verte, Garry.

—No tengo la menor idea de lo que me está hablando, señor Barstow. Y le soy sincero, se lo aseguro; en este caso no tengo por qué mentirle.

—Muy bien, Garry, enfoquemos el asunto desde otro ángulo de vista. ¿Para quién trabajabas tú, antes de que se te ocurriera la idea de secuestrar a la señorita Stella?

—¡Hombre!, trabajar… Estuve una temporada con Gavin Harnet; cuidaba del orden en su local…

—Gavin Harnet ha desaparecido hace tiempo de la ciudad. Lo mismo que Ronnie Patterson.

—¿Quién es Patterson?

—El socio invisible de Harnet. No me digas que no le viste más de una vez en la sala de fiestas de Harnet, charlando con éste. Y hasta apuesto que tuviste que oír algo, en más de una ocasión.

Schopke apretó los labios.

—Sí, escuché algo —contestó.

—Bien, hagamos un trato. Puesto que hay constancia de que la señorita Stella renuncia a presentar una acusación por secuestro, formularé una petición de *habeas corpus*, mediante fianza por dinero o personal. Y tú me dirás lo que sabes… e incluso me ayudarás a buscar esa clínica, porque sé que recuerdas a tus amigos muertos y deseas vengarlos, ¿no es así?

Schopke se estremeció.

—Fue una muerte horrible, como no se la merecería un perro —contestó.

—De acuerdo, pero, dime, ¿qué escuchaste, más de una vez, a Patterson y a Harnet?

—Mencionaron Loder House, la casa del otro lado de los pantanos. Está deshabitada desde hace muchos años. Por lo visto, antiguamente, los pantanos desaguaban en el Teane, pero ese desagüe se cegó y creció la superficie inundada. Entonces, los dueños de Loder House la abandonaron, ya que el lugar se había hecho inhabitable.

—Garry, tú y yo sabemos movernos bien por los pantanos, ¿no es así?

Schopke sonrió.

—Usted quiere mucho a esa chiflada, ¿no?

—¿Por qué la llamas chiflada, Garry? —Se sorprendió Duke.

—Hombre, cuando la secuestramos tenía en la mano un extraño documento, una especie de contrato de venta… Por cierto, yo me lo llevé a la cabaña, pero debió de quemarse allí, porque lo tiré al suelo cuando empezaron a oírse aquellas bestias…

Duke sonrió.

—Tiene sus manías, como todo el mundo —dijo—. Bien, ¿dispuesto para ir a Loder House?

—Sólo es necesario que me saque de aquí —respondió el preso.

* * *

Stella despertó en su habitación, amueblada con sobriedad. El dolor del pecho había cedido

considerablemente, debido a la primera inyección del tratamiento que le había aplicado el doctor.

Se preguntó si lograría curarse. Implícitamente, confiaba en Bragmussen, aunque quizá el tratamiento resultaría largo y costoso.

Pero no le importaba. Lo único que le desagradaba era la estancia en aquel tétrico caserón, rodeado por los pantanos. El olor, pese al funcionamiento constante del acondicionador de aire, que esparcía perfume ambientador, resultaba muy desagradable. Se filtraba por todas partes y hería con notas repugnantes, la pituitaria.

Después de unos momentos de inmovilidad, saltó de la cama y pasó al baño contiguo. Una ducha de agua fría la tonificó considerablemente.

Cuando salió, vio el desayuno sobre una mesita. Comió con buen apetito y luego, deseando distraerse un poco, se dirigió hacia la puerta.

Estaba cerrada con llave, por la parte exterior. Stella forcejeó un par de veces con la cerradura, antes de convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos.

Buscó en la cabecera de la cama. Extrañamente, no había ningún timbre de llamada.

Miró a través de la ventana, protegida con una sólida red metálica. El panorama que se divisaba a través de aquel lugar le pareció triste y sombrío. Volutas de vapor amarillento se elevaban de los charcos que había entre los cipreses y otros árboles que crecían por todas partes.

Unas ondas se produjeron en la superficie de uno de los charcos. Entonces, Stella comprendió que estaba viendo el movimiento de un caimán.

El saurio salió del agua. Era un animal pequeño; ni siquiera había llegado al estado adulto, ya que medía apenas un metro.

De repente, algo surgió de la espesura y se arrojó sobre el caimán.

Stella creyó que se le paralizaba el corazón. Un viento de horror inundó su ánimo.

¿Era un hombre? ¿Una araña?

Los brazos conservaban vagamente la forma humana y también la cabeza, pero el resto del cuerpo, enorme, pertenecía netamente a la especie de los arácnidos.

El animal medía más de dos metros de largo, en total. Extrañamente, y en contraste con los artrópodos, sólo poseía cuatro patas, parte de las cuales conservaban aún la tela de lo que había sido en tiempo unos pantalones.

El caimán se dio cuenta del peligro y dio media vuelta para escapar y buscar la protección de la ciénaga, pero ya era tarde; la araña-hombre había caído sobre él, sujetándole férreamente con sus cuatro patas.

Hubo un veloz forcejeo, una lucha de dos seres vivientes y luego, uno de ellos dejó de moverse. Entonces, la espeluznada Stella vio correr la sangre del reptil y vio también cómo la araña-hombre sorbía ávidamente el líquido que, para ella, era un vital alimento.

Horrorizada, sintiéndose el estómago sacudido por unas terribles náuseas, se retiró de la ventana, mientras se preguntaba a qué horrible lugar había venido a parar.

En aquellos momentos, recordó cuanto había hablado con Duke acerca de sus dos amigos Tillsdale y Patterson. ¿Acabaría ella también como aquellos dos desdichados, convertida Dios sabía en qué indescriptible monstruo de horror?

De súbito, oyó varias detonaciones.

Regresó a la ventana. Dos hombres, armados con sendas escopetas, se acercaban al lugar donde yacían dos seres muertos. Stella vio al doctor Bragmussen y a otro individuo que le resultó desconocido.

Los dos hombres permanecieron unos instantes contemplando los seres muertos; luego, con ayuda de unas cuerdas, empezaron a arrastrarlos hacia el pantano. Stella adivinó que los harían desaparecer bajo las aguas.

# CAPÍTULO XIII

Con los rostros embadurnados de crema protectora contra las picaduras de los mosquitos, armados ambos con sendas escopetas y pistolas, Duke y Garry Schopke caminaban por lugares que, en algunos puntos, parecían de pesadilla.

Algunos pájaros graznaban, protestando contra los intrusos que venían a turbar su descanso. De vez en cuando, Duke veía un movimiento en las aguas: seguramente, un caimán se deslizaba a ras de la superficie, en busca de una presa.

Un par de veces vieron serpientes venenosas. Evitaron hacer uso de las armas de fuego, que sólo usarían en caso absolutamente necesario. Dentro de lo posible, debían pasar desapercibidos.

En otra ocasión, vieron un movimiento entre unas hojas. Una gigantesca tarántula salió corriendo y alcanzó a su presa, una descuidada ranilla, cuyos esfuerzos por escapar resultaron inútiles. El arácnido regresó a su madriguera, arrastrando la presa capturada y a la que ya había inutilizado mediante el poderoso veneno que era su arma principal.

Siguieron andando. El calor era sofocante. Nubes de mosquitos se alzaban por todas partes, zumbando sordamente. De pronto, casi inesperadamente, Loder House apareció a la vista.

—Ahí está —dijo Schopke.

Duke puso una rodilla en el suelo, para descansar un poco de la larga caminata. A su lado, Schopke encendía un cigarrillo.

El edificio era una sólida construcción de ladrillo, sin ningún interés arquitectónico especial. Había pertenecido a una familia relativamente en buena posición, pero ya muchos años antes de que los pantanos se extendiesen, se habían arruinado y no habían hecho nada por mejorar el aspecto de la casa.

Había sido construida un siglo antes. Sólo la solidez de los materiales había permitido al edificio desafiar los efectos del ambiente. Pero el color rojo de los ladrillos había desaparecido, para transformarse en un tono pardo, lúgubre y deprimente.

—Bien, ahí está el objetivo y ahí está la chica —dijo Schopke—. ¿Qué es lo que piensa hacer?

—Sacarla de ahí, desde luego. A Stella la curará un médico decente, no un vulgar embaucador, que sólo quiere su dinero.

—¿La sacará por la fuerza?

—Si es necesario…

—¿Y si ella se niega a acompañarle? Porque debe de estar alucinada con el cuento del rejuvenecimiento…

—Garry, yo no sé qué truco habrá empleado el doctor Bragmussen para traer hasta aquí a la señorita Stella, pero no creo que ella haya venido para rejuvenecerse.

—Hombre, qué gracia. Pues si no ha venido aquí para eso, no sé a qué diablos ha podido venir.

—Garry, a tus treinta y pico años, ¿le pedirías a un médico que te rejuveneciese? Eso se pide cuando ya se han cumplido los cincuenta o más, pero no, como la señorita Stella, cuando sólo se tienen veintiséis.

—Otros han venido…

—Ninguno de ellos tenía menos del doble de su edad. Ellos sí necesitaban rejuvenecerse, pero

no Stella, ¿comprendes?

—Bien, el caso es que está ahí y que es preciso idear un medio para sacarla. Sospecho que el doctor tendrá guardias, y, casi seguro, estarán armados, ¿no le parece?

—Es muy probable, en efecto, Garry —admitió Duke.

—Yo debo tener más cuidado que nadie. Recuerde mi situación y, a fin de cuentas, el doctor está en su casa y tiene derecho a defenderse. Me vería en un serio compromiso si hiriera a alguien.

—No temas, Garry; yo asumiré toda la responsabilidad —dijo el joven, a la vez que se ponía en pie—. Vamos, quizá encontremos el modo de entrar sin ser vistos, y de sorprenderlos.

Avanzaron con cautela, procurando ocultarse tras la vegetación. En aquella casa estaba Stella, probablemente en una crítica situación y debía salvarla a cualquier precio.

Porque no quería verse obligado a quemarla, como había tenido que hacer días atrás en el pantano, con dos secuestradores y las fieras que les habían atacado. No, a toda costa, debía evitar que un científico demente convirtiese a Stella en un monstruo.

* * *

Stella se cansó de golpear la puerta. Al fin, cuando ya creía que nadie atendería sus frenéticas llamadas, oyó el ruido de la llave en la cerradura.

La puerta se abrió. Un hombre de mediana estatura, macizo, de cejas como cepillos y rostro granítico, apareció ante sus ojos. Stella observó que el individuo llevaba un revólver a la cintura, guardado en una funda de cuero.

—¿Desea algo, señorita? —preguntó el hombre.

—En primer lugar, ¿quién es usted?

—Puede llamarme Hork. Soy el ayudante del doctor Bragmussen…

—Está bien, Hork, lléveme inmediatamente a presencia del doctor.

—Lo siento, señorita; el doctor está muy ocupado ahora, y no podrá recibirla. Tendrá que esperar.

—No quiero esperar…

Stella dio un par de pasos hacia adelante, pero Hork le cerró el paso con la fortaleza de un muro de piedra.

—Hasta que el doctor lo disponga, deberá continuar encerrada —dijo Hork.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Stella sonrió.

—Muy bien, lamento haberle molestado —se disculpó.

—Gracias, señorita.

Hork se volvió, engañado por la repentina mansedumbre de la joven. Pero, de súbito, ella alargó la mano y le quitó el revólver.

—¡Quieto! —gritó.

Hork se revolvió velozmente. La boca del cañón estaba a medio palmo de su cara.

—No me toque o apretaré el gatillo —amenazó Stella.

Hork temblaba de rabia.

—Esto es…

Stella se apartó a un lado, sin dejar de encañonar al individuo.

—Pase al fondo —ordenó.

Hork obedeció. Stella retrocedió lentamente, sin perderlo de vista un solo segundo y luego, de un salto, salió al pasillo y cerró.

Antes de que Hork pudiera hacer nada, ella había dado ya dos vueltas a la llave. Una vez segura, la sacó de la cerradura y la tiró al fondo del pasillo. Acto seguido, echó a correr sin rumbo fijo.

Estaba en el primer piso. Abrió un par de puertas, encontrando únicamente habitaciones vacías. Bajó a la planta y, de repente, creyó oír voces humanas.

Pisando de puntillas, se acercó a la estancia y aplicó el oído. Sorprendentemente, las dos voces le resultaron conocidas.

Una de ellas pertenecía al doctor Bragmussen. La otra…

—Lo siento, doctor, un trato es un trato —decía el individuo.

—Pero es que he fracasado…

—Doctor, ¿qué me pidió usted?

—Hombre, ¿ahora viene a recordármelo?

—Usted me pidió la sabiduría necesaria para conseguir una droga que permitiese vivir a la gente un tiempo excepcional. Estaba dispuesto a todo con tal de conseguir sus deseos. Hicimos un pacto y, hasta ahora, yo lo he respetado. Pero no tengo la culpa de que desviara sus investigaciones del objetivo principal.

—Esto también está relacionado con…

—Yo no le veo ninguna relación, doctor; sólo el mero capricho de un científico, que quiere comprobar algunas de sus teorías sobre lo que podríamos llamar transformaciones de unos seres vivos en otros de distinta especie.

—¡Todos ellos son forajidos, criminales, gentes de la más abyecta condición! Hago un bien a la humanidad, al limpiarla de elementos indeseables…

—Eso no me importa en absoluto —contestó el visitante con frialdad—. Vamos, no pretenderá que, además, le dé la fórmula; que incluso le busque un nombre comercial adecuado; que se la embotelle y que, de propina, le ponga una etiqueta atractiva. Entonces, ¿cuál sería su esfuerzo?

—Pero es que me estrello… Algo se interpone en mi camino…

—¿Qué es lo que busca usted, doctor?

Hubo un momento de silencio.

Luego, Bragmussen, lentamente, dijo:

—La droga de la inmortalidad.

—Lo siento, eso no existe.

—Pero usted…

—Yo soy diferente, y usted quebrantó nuestro trato al conducir sus investigaciones por otro camino y, además, me engañó, porque no dijo que quería la droga de la inmortalidad, sino una simplemente rejuvenecedora, es decir, que alargase el período corriente de la existencia humana. Por lo tanto, usted debe cargar con las responsabilidades.

—Entonces, ¿no va a hacer nada por mí?

—Ya he hecho todo lo que había que hacer.

Stella no pudo seguir escuchando la conversación. De repente, oyó un ruido muy extraño no lejos del lugar en que se hallaba.

Había una puerta de plancha de hierro, reforzada con viguetas cruzadas en X. El ruido, como de succión, salía de aquel lugar.

Stella, invadida por la curiosidad, se acercó a la puerta y la abrió. Había una reja de sólidos barrotes de hierro y, al otro lado…

Retrocedió. Su mente se negaba a admitir, como real, el horrible ser que estaba viendo al otro lado de la cancela.

* * *

—Será mejor que entremos por una de las ventanas del primer piso —dijo Duke.

—Están protegidas por una red metálica —objetó su acompañante.

—Eso se resuelve con facilidad.

Duke llevaba en torno a la cintura una cuerda fina y fuerte, a cuyo extremo había un gancho de hierro. Tras desenrollar la cuerda, se la entregó a Schopke y juntó las manos.

—Sube encima de mis hombros y pasa el gancho por una de las mallas —ordenó.

El sujeto obedeció. Una vez realizada la operación, los dos hombres tiraron, a una, de la cuerda. Tras algunos crujidos, la rejilla saltó de su sitio y cayó al suelo.

—¿Nos habrán oído? —dijo Schopke, aprensivamente.

—Si nos damos prisa, llegaremos arriba antes que ellos —contestó el joven.

El gancho fue utilizado nuevamente para sujetar la cuerda al antepecho. Las escopetas fueron izadas por la cuerda, a la cual habían sido atadas. En menos de un minuto, los dos hombres se encontraron en una habitación de aspecto corriente.

Duke corrió hacia la puerta y la abrió. Se asomó al corredor y oyó unos extraños chirridos, pero no les prestó gran atención.

—Vamos, Garry.

Los dos hombres salieron al pasillo. De pronto, oyeron unos fuertes golpes en una puerta.

Schopke tropezó con una llave caída en el suelo.

—¿Será la de esa puerta? —murmuró.

—Probemos —contestó Duke, simplemente.

Abrieron, pero manteniendo las escopetas a punto. El hombre que estaba encerrado les contempló con asombro.

—¿Dónde está la señorita? —preguntó Duke.

—Ha escapado.

Hubo un momento de silencio. Las manos de Duke se crisparon en torno al arma.

—Si me engaña…

—¿Por qué cree que estoy yo aquí? —contestó Hork, malhumoradamente.

—¿Quién es usted? —preguntó Schopke.

—Hork Bragmussen.

—Ah, hermano del doctor…

—Y su ayudante.

—¿El que colabora con él en la fabricación de monstruos?

—El interés de la ciencia exige, a veces, que se hagan cosas que el común de la gente no puede comprender —respondió Hork fríamente.

—No, no lo comprendemos, pero tampoco queremos —dijo Duke—. ¿Le encerró ella?

—Sí…

—Entonces, adentro.

—Pero…

Los cañones de la escopeta empujaron a Hork despiadadamente. El individuo chilló y se desgañitó, pero sus protestas resultaron estériles.

Acto seguido, los dos hombres echaron a correr hacia la escalera. Mientras tanto, detrás de ellos, la madera de una puerta saltaba en astillas cada vez mayores.

De repente, se oyó en la planta baja un agudísimo grito de mujer.

—¡Stella! —clamó Duke.

# CAPÍTULO XIV

El animal que estaba al otro lado de la reja suspendió sus movimientos al oír el ruido de la puerta y alzó su cabeza. Una trompa espiralada se replegó en la boca situada bajo la cabeza. Gotas de un líquido blanquecino se desprendieron de la trompa y cayeron al suelo, junto al enorme barreño lleno que había en la estancia.

Stella no podía creer en lo que veían sus ojos. Había aún una parte humana en el enorme animal que tenía frente a sí, pero era ya muy poco. Sólo se veía parte del pecho y las dos piernas, que ya habían adoptado una forma curiosa y estaban cubiertas de vellos largos y puntiagudos como espinas de cactos.

Pero todo lo demás era de insecto, una colosal abeja de casi dos metros de altura y a la que, además de las dos extremidades humanas, habían crecido ya las cuatro superiores correspondientes a su especie animal.

Stella comprendió que aquel líquido era el alimento del nuevo ser creado por la mente delirante de Bragmussen. De pronto, el horrible ser se lanzó hacia la reja.

Ella lanzó un agudo chillido. Casi en el acto, oyó la voz de un hombre en el piso superior.

—¡Duke, Duke! —llamó desesperadamente.

El enorme insecto hacía tremendos esfuerzos para liberarse de su cárcel. La reja crujió.

Además, aquel ser emitía unos zumbidos coléricos que no prometían nada bueno. Más ruidos, de distintas clases, se oyeron en las puertas contiguas; chirridos, chasquidos y hasta silbidos, que no tenían nada de humano.

Dos hombres bajaron, a saltos, del piso superior. Stella se sentía a punto de desmayarse.

Duke saltó hacia ella y la sujetó con sus brazos.

—Tenemos que irnos, Garry —dijo.

—Sí, señor.

Schopke corrió en busca del vestíbulo. En aquel momento, Bragmussen salió de su despacho.

—¿Qué pasa aquí? —gritó, descompuestamente.

Duke le apuntó con la escopeta, mientras que con la mano izquierda en torno a su cintura sostenía a la muchacha. De súbito, se oyó un horrible alarido en el piso superior.

Se oyeron unos espantosos chasquidos. Los gritos dejaron de oírse.

—¡Vámonos, vámonos! —dijo Schopke, aterrado.

La reja saltó, de pronto, y el animal que había en su interior se abalanzó sobre el doctor Bragmussen, derribándolo al suelo. Otra reja chasqueó.

Algo que parecía un colosal saltamontes apareció en el corredor. Duke soltó un momento a la muchacha, apuntó con cuidado y disparó.

El animal cayó hacia atrás, revolcándose espantosamente. Pero otros seres iguales aparecieron, enloquecidos por los ruidos que se producían en torno a ellos, ansiando recobrar su libertad.

Algunos de ellos eran horribles, mitad hombres, mitad insectos o reptiles. Los disparos sonaban por todas partes, mientras Duke, Stella y Schopke se batían en retirada.

Un gigantesco insecto bajó del piso superior. Había, también, un par de colosales hormigas, que movían furiosamente sus antenas.

Pero, de pronto, Duke observó un detalle que llamó notablemente su atención.

Aquellos monstruos debían de conservar todavía un rastro de inteligencia humana, porque no les atacaban a ellos, sino que cebaban su ira en el hombre que les había llevado a tan horrible situación. Atacaban solamente a Bragmussen.

Súbitamente, los gritos de Bragmussen se acallaron. Duke empujó a la muchacha y a su acompañante hacia la puerta.

—¡Salgan! —ordenó.

—Duke, ven con nosotros —gritó Stella.

—Esperen fuera —insistió él—. Es preciso acabar con este horror.

La furia de las bestias parecía haberse calmado un tanto. Duke buscó en dos habitaciones y, en una de ellas, encontró un par de latas de petróleo, que destapó inmediatamente.

Una de ellas fue vertida en el ancho vestíbulo. Duke disparó su escopeta y la llamarada fue suficiente para inflamar el combustible.

Acto seguido echó a correr, atravesó la puerta y cerró con doble vuelta de llave. A través de una de las ventanas pudo ver unas formas fantásticas que se debatían furiosamente en un mar de llamas.

Horribles chillidos salían al exterior. En medio de todo, Duke no pudo por menos de compadecer a aquellos desdichados, víctimas de unos experimentos ideados por la insana mente de un científico enloquecido.

* * *

La puerta del quirófano se abrió. El doctor Westmund salió y dirigió una sonrisa de ánimo al joven que esperaba en el corredor.

—Todo ha salido como esperábamos —dijo el cirujano—. No había tal tumor maligno, sino un animal enquistado, que será debidamente observado por los biólogos, una lombriz de una especie particularmente voraz, nacida de una espora que se introdujo en el cuerpo de Stella de un modo incomprensible.

—No tan incomprensible, doctor —contestó Duke—. Recuerde la herida que recibió hace meses, cuando fuimos atracados.

—Sí, pero no sé qué tiene que ver eso…

—El atracador ha sido detenido hace pocos días, por otro delito, pero ha confesado el robo de que ella y yo fuimos víctimas. Trabajó, en tiempos, para el doctor Bragmussen; sin embargo, lo que veía allí era demasiado horrible y decidió marcharse. Bragmussen no le quiso dar dinero y el sujeto decidió llevárselo por su cuenta.

—Creo que voy comprendiendo. Entonces, necesitado de dinero, les asaltó a ustedes…

—Sí, pero usando una de las balas peculiares ideadas por Bragmussen, de un plástico especial, muy duro; de este modo, podía abatir a un ser vivo, humano o animal, y luego, al quemarlo, no aparecían rastros de los proyectiles, que se carbonizaban con el fuego. Uno de esos proyectiles, indudablemente, debía de estar contaminado por algunos de los microorganismos con los que trabajaba Bragmussen y ello es lo que produjo la infección en el cuerpo de Stella.

—Es una explicación congruente —admitió Westmund—. Pero nunca he entendido por qué Bragmussen hacía tales experimentos. ¿Qué esperaba obtener con esos trabajos de demente?

Duke se encogió de hombros.

—Ya no lo sabremos nunca —contestó—. Parece ser que se trataba de alteraciones glandulares en los insectos, aceleradas mediante radiaciones o algún procedimiento especial suyo, con lo que el ser humano se transformaba, en poco tiempo, en un animal monstruoso. Personalmente, opino que pretendía estudiar así a sus cobayas gigantes, aunque la palabra esté mal aplicada, con objeto de ver de conseguir un día las sustancias que le permitirían llegar a la obtención de la droga rejuvenecedora.

—Teniendo en cuenta que había algunas abejas, es posible. Las abejas producen miel y, también, la jalea real, además de la cera; los dos primeros elementos podrían servir, quizá, como base para su droga, una vez desarrollados y, por decirlo así, *alargados* sus principios activos.

—Quizá. En todo caso, Bragmussen convencía a sujetos relativamente incultos, al menos en lo que a su especialidad se refería y, además, los elegía siempre entre los elementos nocivos a la sociedad por su vida de delincuencia. Pero por muy criminal que fuese un hombre, debía de resultarle horrible la idea de verse transformado en un insecto o en un saurio gigantesco y, además, saber la absoluta irreversibilidad de su situación.

Westmund se estremeció.

—Horrible —convino—. Sobre todo, porque se daban cuenta de que se convertían en unas fieras, ya que eran capaces de matar para conseguir el alimento que necesitaban, y que, en ocasiones, se sentían compelidos a atacar incluso a personas que les eran conocidas.

Duke se acordó de Harry Tillsdale. Su amigo había dicho que no se le acercase, porque no quería sentirse tentado a atacarle.

—Sí, doctor —contestó, sintiéndose, a la vez que muy cansado, infinitamente aliviado.

—Stella podrá levantarse antes de una semana. Dentro de un mes, estará como nueva —dijo Westmund.

El joven asintió. Se estremeció de horror al pensar en que Stella podía haber acabado convertida en un gusano gigantesco.

La pesadilla había terminado.

¿O no?

¿Todavía quedaba algo por hacer?

¿Era cierto que Stella había vendido su alma al diablo?

Bragmussen también había hecho algo por el estilo.

En todo caso, era preciso rescatar el alma de Stella.

* * *

Días más tarde, se recibieron noticias desconcertantes, y poco satisfactorias, acerca de la fortuna de Stella.

Aproximadamente cuatro semanas después, Duke trazó en el suelo un círculo hecho con pintura de oro puro, en cuyo interior dibujó una estrella de seis puntas. Luego arrojó en el centro

un puñado de polvo de color grisáceo, en el que puso unos gramos de magnesio. Lanzó un fósforo sobre el montoncito de polvo, y gritó:

—¡Leonard, te ordeno que aparezcas!

Hubo un sordo trueno. Luego, entre el humo, apestoso y desagradable, apareció la figura de un hombre atildadamente vestido.

Había mal humor en el rostro del individuo.

—¿Por qué me haces venir? —gritó Leonard, descompuestamente.

Duke sonrió.

—Vamos a romper un trato —dijo.

—Si te refieres a Stella, la respuesta es no. Y, a propósito, ¿cómo has logrado obligarme a venir?

—He probado un conjuro que leí en un antiguo libro de brujería. El círculo mágico, con la estrella salomónica, y en el centro raíz de mandrágora, cuerno de macho cabrío en polvo y sangre de serpiente desecada. Ha servido, ¿verdad?

—Dejemos esto y vayamos al grano. Antes has hablado de deshacer un trato. Estás loco si piensas que yo…

—Lo harás, Leo —dijo Duke, impasible.

—¡Oye! Yo soy siempre un tipo leal en mis tratos. Doy lo que me piden y concedo lo que el cliente desea, a cambio ya sabes de qué precio. Por lo tanto, toda petición en este sentido queda desestimada automáticamente.

—Leo, no presumas de lo que no eres. En un mes, en la Bolsa, determinadas acciones han bajado tanto, que Stella está prácticamente en la ruina. Tú has influido en esa baja para empujarla a la desesperación y, tal vez, al suicidio. Sí, le concediste riquezas, pero no le dijiste que las disfrutaría toda la vida. Has hecho trampa, como, seguramente, lo hiciste en el caso de Bragmussen, a quien empujaste por un camino distinto en sus investigaciones.

—Bragmussen se equivocó…

—Ahora no me importan los errores de aquel chiflado. Ahora estamos hablando de Stella.

—Tengo un contrato firmado…

—¿De veras?

—Si quieres, te lo enseño.

—La firma es falsa.

—Me estás tentando la paciencia, Duke.

—Bueno, en todo caso, el contrato que ella tenía se quemó junto con cierta cabaña de los pantanos. Pero ¿conoces una de las virtudes del círculo mágico?

—Dímela tú, por favor —pidió Leonard, con sarcasmo.

Duke fue a un sillón, se sentó, sacó un cigarrillo y lo encendió con displicencia.

—Estarás encadenado ahí hasta que devuelvas el contrato —dijo.

Leonard lanzó un grito de rabia.

—¡Libérame! —exigió a voz en cuello.

—El contrato —dijo Duke, inflexible.

Hubo una pausa de silencio. Luego, un papel revoloteó por los aires y cayó al suelo.

—¿Estás satisfecho? —preguntó Leonard.

Duke recogió el documento, lo leyó y, después, lo arrojó a la chimenea encendida en uno de los rincones de la estancia.

—Tú no obraste rectamente, de modo que no te quejes —sonrió—. Claro que… ¿se podía esperar otra cosa de un demonio? ¡Anda, lárgate ya y déjanos vivir en paz!

Se oyó un horrible alarido. Duke sintió que perdía el conocimiento.

Despertó cuando alguien le sacudió en el hombro.

—¡Eh! ¡Que no son horas de dormir! —exclamó Stella, sacudiéndole con fuerza.

Duke abrió los ojos y sonrió. Alargó una mano y obligó a la joven a sentarse en sus rodillas.

—Estás arruinada —dijo.

—Sí, y no lo siento —confesó Stella.

—En ese caso, ya puedo pedirte que te cases conmigo. ¿Aceptas?

—Creí que no llegaría jamás este día —manifestó.

—Tenía que llegar. Además, yo esperaba hacer algo con mis libros. No quería ir a ti con las manos vacías, ¿sabes? Tengo muy buenas noticias de mis editores y…

Ella le hizo callar a besos, a los que Duke respondió de muy buena gana. De pronto, Stella notó algo en el suelo de la estancia.

—Oye, ¿has quemado alguna cosa ahí? —preguntó, a la vez que miraba hacia el círculo negruzco que afeaba por completo el entarimado que servía de pavimento.

—Sí, se me cayó un poco de alcohol y… Pero ya sustituiremos la madera, no te preocupes. Ahora tenemos algo más interesante en qué pensar, ¿no es cierto, cariño?

Stella sonrió dulcemente. De pronto, recordó una cosa.

—Duke, tienes que saber algo muy grave —dijo.

—Si te refieres a ciertos contratos que firmaste hace tiempo, no te preocupes; ya han sido destruidos. Los dos. Y, por tanto, estás libre de todo compromiso.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Stella, vivamente sorprendida.

—Ya te lo explicaré en otro momento. Ahora, hablemos de nosotros mismos y de nuestro futuro.

Stella asintió. Mientras la tenía estrechamente sujeta entre los brazos, Duke se preguntó si su entrevista con Leonard no había sido más que un simple sueño, debido, tal vez, a la huella dejada en su subconsciente por los relatos que Stella le había hecho de su pacto.

«Quizá», se dijo, irresoluto. Sin embargo, una cosa era segura, él y Stella acababan de firmar en aquellos momentos un pacto que nada ni nadie podría romper.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.